
EL TRASPLANTADOR
GLENN PARRISH
USA
BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



El trasplantador

Glenn Parrish

CAPÍTULO PRIMERO

La señora Grunnan se removió inquieta en su asiento.

— ¿Y bien, profesor? —dijo.

Milner Barlattery contempló especulativamente a la mujer que tenía frente a sí, mientras se daba golpecitos en los dientes con el mango del lápiz que le servía para hacer notas.

Mabel Grunnan era una anciana que rondaba ya los ochenta años. Se mantenía bien, incluso teniendo en cuenta su edad, pero los estragos causados en su rostro y en su cuerpo por el implacable paso de los años resultaban patentes.

—Señora Grunnan —dijo Barlattery al cabo—, no hay tratamiento rejuvenecedor que pueda aplicarse a su caso. Es posible prolongar los años de su existencia, suprimir algunas arrugas de su cara por medios quirúrgicos..., pero ni su rostro ni su cuerpo volverán a tener la apariencia que tenían hace cincuenta años. Ni siquiera hace treinta.

Mabel no se inmutó.

—Vendería mi alma al diablo por volver a tener aunque sólo fuese cuarenta años —dijo.

Barlattery soltó una risita.

—Mi querida señora Grunnan, el diablo ya no aparece por la Tierra para comprar almas humanas —dijo—. En todo caso, son los hombres quienes se la ofrecen.

—Dejémonos de disquisiciones. Nos apartamos del tema principal de la conversación —dijo Mabel, secamente.

—Tiene usted razón, señora. Lo que me pide usted es un imposible… por medios químicos o quirúrgicos. Pero hay otros medios que podrían devolverle a usted el aspecto y la lozanía de sus veinticinco años.

—Pagaría veinte millones por conseguirlo —exclamó la visitante, con gran vehemencia.

—Le costará un poco menos —dijo Barlattery, riendo con suavidad—. Pero, eso sí, tendrá que hacer todo cuanto yo le ordene.

—Sí, doctor. ¿O debo decirle profesor?

Barlattery se encogió de hombros.

—Tengo el título de doctor en Medicina, especializado en psiquiatría y geriatría. Muchos me llaman profesor porque durante años ejercí la enseñanza en algunas universidades. Es indiferente, señora.

—Muy bien, doctor. ¿Qué debo hacer, pues?

Barlattery consultó una hoja de papel que tenía sobre la mesa.

—Antes de seguir adelante, debo decirle que, en efecto, volverá a tener veinticinco años, pero cambiará por completo de personalidad. Mabel Grunnan dejará de existir.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—La frase «dejará de existir» es más bien una definición metafórica que real. Usted seguirá viviendo, pero…

El psiquiatra habló largo y tendido durante algunos minutos. Mabel le escuchaba con profunda atención.

Barlattery terminó su parlamento. Entonces, Mabel hizo una pregunta:

— ¿Me garantiza usted los resultados, doctor?

—Absolutamente —respondió el interpelado, con gran énfasis.

—Entonces, no se hable más. Haré todo lo que usted me indique y pagaré la cuenta sin rechistar. El dinero no me importa en absoluto, sépalo bien de una vez doctor.

—Es maravilloso poder hablar así —suspiró Barlattery—. Ahora bien, respecto a su nuevo cuerpo, ¿prefiere que se lo proporcione yo o querrá encargarse usted de este asunto?

Mabel miró fijamente a su interlocutor.

«Un hombre ambicioso, pero si me proporciona lo que quiero, sus cualidades no me importan en absoluto», pensó.

—Preferiría que lo hiciese usted, doctor —respondió—. Imagino que usted sabrá elegir mucho mejor que yo.

Barlattery inclinó la cabeza.

—Gracias por la confianza que me demuestra, señora Grunnan —contestó—. Si no tiene inconveniente, antes de una semana podré enseñarle tres o cuatro muestras para que elija la que más le agrade.

—Y una vez elegida la muestra, ¿cuándo se iniciará el tratamiento, doctor?

—Inmediatamente, señora Grunnan.

Tres días más tarde, Mabel Grunnan recibió una llamada personal.

Estaba en uno de los salones de su lujosa residencia.

Conectó el videófono, con pantalla cromática, y a través de la misma, vio la imagen del psiquiatra.

—Le voy a enseñar las muestras, señora —dijo Barlattery.

Mabel contuvo el aliento, mientras el galeno situaba delante de la pantalla, sucesivamente, tres o cuatro fotografías de gran tamaño y a todo color.

—Esta —dijo Mabel, de pronto.

La fotografía tenía al pie la cifra tres.

—Muy bien, señora —dijo Barlattery—. La felicito por su elección. Venga mañana a la clínica y daremos comienzo al tratamiento.

Barlattery cerró la comunicación. Hizo girar su sillón y se encaró con el hombre que tenía a su lado.

— ¿Qué le parece, Harthon? —preguntó.

Harthon Feydus, ayudante de Barlattery sonrió:

—La señora Grunnan ha sabido elegir —contestó.

Y tomó la fotografía número tres.

Con mirada crítica, contempló la imagen de la hermosa muchacha que aparecía en la cartulina.

—Bonita cara y bonito cuerpo —elogió—. ¿Cómo se llama?

—Betty Key, Harthon. Vive en Southside Barland, número ochenta y nueve.

—Muy bien, doctor —contestó Feydus, lacónicamente.

* * *

Dos meses más tarde, Mabel Grunnan se contempló ante el espejo de cuerpo entero que tenía en su habitación.

«Ya no soy aquella vieja arrugada —se dijo, satisfecha de la esbeltez de su figura—. Ahora soy Betty Key... Me llamo Betty Key... Betty Key...»

Lanzó una alegre carcajada.

« ¡Y tengo veinticinco años!» casi gritó, exultante de alegría.

El espejo le devolvía la imagen de un cuerpo sin tacha, rematado por un rostro de singular encanto, en el que lucían dos ojos muy azules y una frondosa cabellera rubia.

«Con mi tipo y mi experiencia... ¡el mundo será mío!», exclamó.

La cabeza le dolió de repente. Fue un súbito ramalazo, que pasó casi en el acto. Pero durante aquellos cortos segundos, Mabel vio ante sí una infinidad de deslumbrantes puntos de todos los colores del arco iris.

Fue una cosa rápida, sentida y no sentida. Mabel no le dio la menor importancia.

De pronto, llamaron a la puerta.

— ¡Un momento! —gritó Mabel; ahora Betty Key.

Corrió a la butaca y se envolvió en la bata que había dejado sobre una silla.

— ¡Pase!

Barlattery entró en el cuarto.

— ¿Cómo está, señora Grunnan? —saludó, con la sonrisa en los labios.

—Doctor, ahora soy Betty Key —le recordó ella.

Barlattery se pegó una palmada en la frente.

—Es verdad, qué poca memoria tengo —exclamé—. ¿Cómo se siente?

—Perfectamente, doctor. ¿Cuándo puedo abandonar la clínica?

—Ahora mismo, si usted lo desea, señorita Key. Una, brillante sonrisa apareció en los ojos de la nueva mujer.

—No tardaré ni diez minutos en salir de aquí —aseguró.

—Muy bien, señorita Key.

Barlattery empezó a dar media vuelta. Betty le llamó de pronto.

— ¡Doctor!

El galeno se volvió de nuevo hacia ella.

— ¿Qué le sucede? —preguntó, extrañado.

Había un brillo extraño en los ojos de la joven. Súbitamente, lanzando un ronco aullido, Betty se precipitó sobre el tocador y agarró unas tijeras.

— ¡Betty! —chilló el psiquiatra.

Las tijeras se hundieron profundamente en su yugular. Betty chillaba de un modo desaforado.

Una y otra vez, hundió las tijeras en el cuello del doctor, aunque éste ya no se movía. Sus gritos llamaron la atención de Feydus y de algunas enfermeras.

Feydus se arrojó sobre la joven, intentando reducirla, pero llegó demasiado tarde.

* * *

Con gesto un tanto preocupado, Payne E. Ardliss leyó los periódicos al día siguiente:

«¡Drama en una clínica psiquiátrica!

«Betty Key, internada en la clínica del doctor Barlattery, sufrió un repentino acceso de locura y atacó con unas tijeras al director de dicho centro, que murió casi instantáneamente a consecuencia de las heridas recibidas. Acto seguido, la paciente se arrojó por una ventana al vacío, muriendo en el acto.»

Un poco más adelante, el periódico traía otra noticia:

«Harthon Feydus, director accidental de la clínica Barlattery, recibió ayer a los familiares de la distinguida dama Mabel Grunnan, a quienes comunicó la triste situación en que se halla ésta, sumida en una amnesia total e irrecuperable. Uno de nuestros redactores se entrevistó con el doctor Feydus, quien amablemente corroboró las informaciones anteriores. El doctor Feydus manifestó que está haciendo todo lo posible por volver a la normalidad a la señora Grunnan, pero que lo estima clínicamente imposible...»

Ardliss cerró el periódico y meneó la cabeza.

«Lastimoso, realmente lastimoso», se dijo.

Había estado a punto de ingresar como colaborador en la clínica Barlattery, pero tras mucho pensarlo, había decidido establecerse por su cuenta.

Su consulta era modesta, pero poco a poco se iba abriendo paso en su profesión. En algunas ocasiones, un comisario de policía, amigo suyo, le había confiado algunos casos de pacientes relacionados de un modo

u otro con la ley, casos que Ardliss había resuelto con notable brillantez.

La amnesia de la señora Grunnan se le antojaba perfectamente lógica.

«Hoy día existen muchos remedios para prolongar la existencia —se dijo—, pero a veces fallan... y a los ochenta años, un caso como el de Mabel Grunnan no resulta extraño en absoluto.»

CAPÍTULO II

El viejo tosía lastimosamente. Violentos temblores sacudían su cuerpo cada vez que le acometía un acceso de tos.

« ¿De qué me sirve el dinero? —se lamentó Jack Stuyvenz, amargamente—. Todo el oro del mundo no me devolverá la juventud perdida.»

Stuyvenz estaba sentado en la terraza de un café. A su lado había un atildado caballero, que leía el periódico apaciblemente.

La tos de Stuyvenz llamó la atención del lector.

—Perdone que me inmiscuya en sus asuntos, señor —dijo el caballero del periódico—, pero esa tos no me agrada en absoluto.

— ¿Le importa a usted mucho? —contestó Stuyvenz, hoscamente.

—Tal vez —sonrió el otro—. Me interesa de una manera profesional, porque soy médico.

—Escuche, joven, con el dinero que tengo yo, podría tener a mi servicio a un batallón de matasanos, pero ni uno solo conseguiría curarme esta maldita tos..., ni tampoco los años que tengo y que son la causa de ella.

—Es cuestión de opiniones, señor... Oh, perdón, no me he presentado. Soy el doctor Feydus.

—Me llamo Jack Stuyvenz. ¿Y bien, doctor?

Feydus sacó una tarjeta.

—Si quiere curarse esa tos, para siempre —subrayó significativamente —, vaya mañana a mi clínica. Tendré mucho gusto en recibirle a las tres en punto.

Stuyvenz miró fijamente a su interlocutor.

—Sí, ya sé que desconfía de mí —añadió Feydus—, pero le diré una cosa: no le pasaré minuta de honorarios, si no curo esa tos tan rebelde de un modo radical.

—Está bien. Por probar una pócima más, que no quede —accedió Stuyvenz, finalmente.

* * *

El doctor Ardliss se encontró aquella tarde con su amigo el policía.

—Hola, Barry —saludó, a la vez que le daba una palmada en el hombro—. ¿Cómo marchan las cosas?

—Mal —suspiró el policía, a la vez que se encaramaba en un taburete, frente a la barra en que se había producido el encuentro—. Tengo los pies hechos polvo.

—Eso lo da el oficio, ¿no? —sonrió Ardliss. La barmaid se acercó y le encargó dos tazas de café—. ¿Cuál es tu caso ahora, Barry?

—Un triple asesinato: esposa, suegro y suegra.

— ¡Caramba! El tipo se ha quedado solo, ayudando a descongestionar la población humana —comentó Ardliss, humorísticamente.

—Lo hizo a sangre fría —declaró el comisario—. Escapó, naturalmente, y sospechamos que cambió el aspecto de su cara.

— ¿Sólo lo sospecháis?

Barry Marne removió el azúcar de su taza.

—Había un médico que se dedicaba a cambiar las caras de algunos tipos que querían evadir la acción de la justicia. Por mucho dinero,

claro, y el asesino lo tenía. Ese médico apareció con el cuello rebanado... lo poco que quedó después del incendio que destruyó su casa.

—Pero hay algo que no se puede cambiar: las huellas dactilares, ¿no es así?

—Ahora hay quien también lo hace —suspiró Marne—. Claro que con el tiempo, las huellas primitivas vuelven a surgir en los pulpejos de los dedos, pero de momento les ayuda a mantenerse ocultos. Sin embargo, existe un procedimiento mucho mejor para saber si el sospechoso es la persona que se busca.

— ¿Cuál, Barry?

—El registro de su encefalograma, tomado en reposo, bajo los efectos de una inyección tranquilizante, semiadormecedora, no hipnótica. Cada ser humano da una gráfica distinta y propia, inconfundible y peculiar. El procedimiento es aún más seguro que el de las huellas dactilares, en el que, como sabes, a veces se dan casos de duplicidad. Es un porcentaje de uno entre muchos millones,' pero por el otro procedimiento no hay error, porque cada electroencefalograma es distinto, debido a que el potencial eléctrico del cerebro nunca es el mismo en ningún caso.

—Ya entiendo —dijo el psiquiatra.

—Pero si no hay grabación previa del E. E. G. —se lamentó Mame—, el procedimiento no sirve. Más o menos, todos tenemos las huellas dactilares registradas en alguna parte. Pero, ¿cuántos tienen registrado un E. E. G.?

—Sí, es verdad. Barry, siento lo que te está sucediendo. ¿Qué le sucedería a tu hombre si le atrapases?

—Pena de muerte —respondió el policía escuetamente.

* * *

Harthon Feydus miró de hito en hito al hombre que tenía frente a sí durante unos segundos. Luego, dijo:

—Puedo hacer de usted un ser completamente distinto del que es ahora. Usted tiene setenta y seis años y está hecho una ruina física. Con mi tratamiento, le convertiré en un hombre de treinta, aproximadamente.

— ¿Dará resultado? —preguntó Stuyvenz ansiosamente, entre golpe y golpe de tos.

—Garantizado —aseguró Feydus, con gran énfasis—. Pero deberá hacer todo cuanto yo le ordene.

—Eso ni se duda, doctor. ¿Cuándo empezamos?

—En primer lugar, examinemos crudamente la realidad. ¿Está usted dispuesto a pagar dos millones por su transformación?

Stuyvenz soltó una risita.

— ¿De qué me sirve el dinero ahora, si no lo puedo disfrutar? —exclamó sarcásticamente—. ¿Ha dicho dos millones?

—Al contado —dijo Feydus, sin pestañear.

—Al contado —confirmó Stuyvenz.

—Bien, solucionado este pequeño inconveniente...

Feydus tomó unas fotografías que tenía sobre la mesa y se las tendió a su paciente.

—Elija una apariencia personal, la que más le guste —invitó.

Stuyvenz tomó las fotografías y las contempló especulativamente durante algunos minutos. Al fin, separó una de ellas:

—Este —dijo simplemente.

Feydus cogió la fotografía y leyó las notas escritas al dorso.

—Muy bien, señor Stuyvenz —contestó—. Es un aspecto magnífico, un verdadero atleta y un hombre, sin duda, con gran atractivo para las mujeres.

El visitante suspiró.

—En tiempos, tenía que espantarlas como las moscas —dijo.

—Ahora podrá hacer lo mismo —sonrió Feydus— Pero tiene que saber una cosa: una vez terminado el tratamiento, usted ya no será más el señor Stuyvenz.

— ¿Tendré que cambiar de nombre?

—Cambiará en todo. Por tanto, deberá adoptar una nueva personalidad.

—Si he de empezar una nueva vida, eso no me importa en absoluto —respondió el anciano.

—Pero no querrá partir de cero —sonrió Feydus—. Ahora es muy rico y si va a perder su actual personalidad, no debe hacer lo mismo con su fortuna. ¿Para qué desaprovecharla?

— ¿Qué me sugiere usted, doctor? —preguntó Stuyvenz.

—Muy sencillo. Deposite diversas cantidades de dinero en los Bancos, preferiblemente en aquellos con los cuales no opere actualmente, a nombre de su nueva personalidad. De este modo, cuando haya terminado el tratamiento, tendrá solucionados todos sus problemas económicos.

—Una buena idea, doctor —aprobó el visitante—. A propósito, ¿cuál será mi nuevo nombre? No me he fijado bien.

Feydus volvió a mirar el dorso de la cartulina. —Seth Rodd —contestó —. ¿Le gusta? Stuyvenz se echó a reír.

—El nombre más horroroso me parecería encantador con cuarenta o cincuenta años menos —declaró.

* * *

Diez semanas más tarde, Jack Stuyvenz se contempló en el espejo.

Estaba asombrado.

« ¿Este soy yo?», se preguntó.

El espejo le devolvió la imagen de un hombre alto, corpulento, bien proporcionado, de pelo castaño y ojos oscuros, sumamente atractivo.

«Feydus tenía razón; soy otro», se dijo.

Flexionó brazos y piernas. Sentíase joven y ágil, exultante de vida.

De pronto, llamaron a la puerta.

— ¡Pase!

Feydus entró en la estancia, seguido de otro sujeto, muy alto y tremendamente robusto.

— ¿Cómo está, señor Rodd? —saludó Feydus—. A mi ayudante ya lo conoce, creo.

— ¿Qué tal, amigo Harry? —saludó el paciente.

—Encantado, señor Rodd —dijo Harry Ball.

Stuyvenz se volvió hacia el galeno.

— ¿Y bien, doctor?

Feydus hizo un gesto con ambas manos.

—El procedimiento ha terminado —contestó.

—Entonces, ¿puedo irme?

—Cuando guste. Pero no olvide lo más importante.

— ¿Sí, doctor?

—Usted ya no es ni será jamás Stuyvenz. Ese nombre tiene que borrarse de su mente. A partir de ahora, se llama Seth Rodd.

—¡Stuyvenz ha muerto! ¡Viva Rodd! —gritó el hombre nuevo, rebosante de júbilo.

Feydus sonrió condescendientemente.

—Dos frases que lo resumen todo, aunque físicamente Stuyvenz no ha muerto. Pero usted ya no tiene nada que ver con él. Pase lo que pase, habrá de olvidar todas sus anteriores relaciones. O lo echaría todo a perder.

—Descuide, doctor —rió el nuevo Seth Rodd—. Por cierto, ¿dónde está ahora Stuyvenz?

Feydus se acercó al videófono que había sobre una mesa y presionó tres teclas sucesivamente. La pantalla se iluminó y la figura de un hombre, sentado en un sillón y cubiertas las piernas con un plaid escocés, apareció a la vista de los presentes.

Durante unos segundos, reinó en la estancia el más completo silencio. Rodd lo quebró con una pregunta:

—Es curioso poder contemplar el propio cuerpo de uno y no precisamente a través del espejo o de una fotografía. ¿Cómo lo ha conseguido, doctor?

—Usted ya conoce los resultados. Deje que guarde secreto el procedimiento, señor Rodd —contestó Feydus.

—Entiendo, doctor —dijo Rodd, muy serio de repente—. Bueno, a fin de cuentas, lo que importan son los resultados.

—Y el silencio —añadió Feydus, significativamente—. Quebrantarlo significaría para mí gravísimos perjuicios, pero usted no saldría mejor librado, sino todo lo contrario.

—Descuide, doctor; ya no soy Stuyvenz. Ahora, y para siempre, soy Seth Rodd.

Cuando el paciente se hubo ido, Ball preguntó:

—Doctor, ¿no teme usted que se vaya de la lengua?

Feydus se echó a reír.

—No temas, mi buen Harry. A él, aún más que a nosotros, le interesa callar —contestó.

—Pero ¿y si las cosas se pusieran feas?

—Eres demasiado aprensivo —dijo Feydus—. Pero en tal caso, nosotros también cambiaríamos de identidad. Y de figura humana, por supuesto.

* * *

El doctor Ardliss consultó la agenda de visitas y tocó una tecla de su

interfono:

—Lucy —llamó a su enfermera secretaria—, es la hora de la señorita Korler.

—La señorita Korler está aguardando. Ahora mismo la haré pasar, doctor.

Momentos después, se abría la puerta del despacho. Una hermosa joven, de veintitantos años, alta y elegante, entró en la habitación.

— ¿Doctor Ardliss? —saludó, tendiéndole una mano enguantada.

—Es un placer, señorita Korler —dijo el psiquiatra—. ¿Quiere sentarse, por favor?

—Gracias. ¿Le importa que fume?

—En absoluto, señorita Korler. —Ardliss consultó una ficha—. Vlania es su nombre —añadió.

—En efecto, doctor. —Ella exhaló una bocanada de humo—. Vengo a plantearle un grave problema.

—Usted dirá, señorita.

—No se trata de mí. Yo no me siento, afortunadamente, enferma en absoluto, doctor.

Ardliss arqueó una ceja.

— ¿Cómo? —preguntó cortésmente.

—Verá... —Vlania se removió inquieta en el asiento—. Yo he vivido siempre con una anciana tía, mi único familiar. Su nombre es Frances Tharmane y...

— ¿Y...? —dijo el psiquiatra.

—Ahora está internada en una clínica para enfermos mentales.

— ¿Tiene a mano el diagnóstico de su médico privado?

—No, pero la visité hace pocos días y sufrí una impresión terrible. La señorita Tharmane es... un vegetal viviente. Salvo las funciones naturales, ni habla, ni oye, ni mira a los que le rodean... Yo me atrevería a decir que ni siquiera piensa.

— ¡Hum! —dijo Ardliss—. Eso parece grave. ¿Qué le ha dicho el médico que la atiende?

—Un caso incurable, doctor.

—En psiquiatría resulta aventurado emitir un diagnóstico semejante, aunque a decir verdad, la mayoría de las veces se confirma. Pero, ¿qué es lo que pretende usted, señorita Korler? ¿Por qué ha venido a contarme el caso de la señorita Tharmane?

—Deseo que usted la examine y confirme el diagnóstico del doctor que la atiende o, caso de ver alguna posibilidad de recuperación, lo intente por todos los medios a su alcance.

Ardliss se echó hacia atrás en su sillón. —Eso que me pide está un tanto reñido con la ética profesional, señorita —dijo.

—Yo no veo ninguna dificultad en lo que le pido, doctor —manifestó la muchacha—. A fin de cuentas, soy la única pariente de la señorita Tharmane, y puesto que ella no puede decidir por sí misma, yo decidiré en su lugar. Si ahora a ella se le tuviera que practicar una delicada intervención quirúrgica, de inciertos resultados, y no estuviese en condiciones de prestar su asentimiento, el cirujano tendría que pedir permiso a algún familiar caracterizado. ¿No lo cree así?

—Evidentemente, sería el procedimiento correcto—admitió el psiquiatra.

—Este caso es análogo. Yo tengo pleno derecho a hacer que mi tía sea examinada por el médico que a mí me parezca más adecuado, en ausencia de su capacidad mental para decidir. Y si es preciso, instaré tal demanda por vía judicial.

—Muy bien, señorita Korler. Entonces, usted desea que examine a su tía para ver si puedo curarla.

—Así es, doctor.

—Pero no podré hacerlo sin contar con el asentimiento del médico en cuyas manos se encuentra.

—De eso no se preocupe —dijo Vlania—. El doctor Feydus accederá, de grado o por vía legal.

Ardliss miró fijamente a la muchacha.

—Es usted muy decidida, señorita Korler —calificó—. Pero no se puede decir lo mismo de su sinceridad. ¿Por qué no habla claro? Tengo entendido que Feydus es un reputado psiquiatra. ¿Acaso duda de su competencia profesional?

Vlania dudó un momento.

Luego, dijo:

—Lo que no quiero es que desvalijen a mi tía, doctor.

* * *

El barman iba a retirar ya el vaso, cuando una mano se lo impidió.

—Deje quieto eso —ordenó el comisario Marne.

El barman se sorprendió de la petición. Marne levantó el vaso cuidadosamente con dos dedos y lo mantuvo así unos instantes.

— ¿Conoce usted al hombre que acaba de marcharse? —preguntó.

—Sí, suele venir aquí con frecuencia —respondió el barman.

— ¿Sabe su nombre?

—Rodd, Seth Rodd. Se lo oí una vez cuando hablaba con una chica, con la que quedó citado…

Marne hizo un gesto de asentimiento.

—No me extraña que haya cambiado de nombre… —murmuró—. Puesto que cambió también de cara, era lógico que complementase su transformación.

— ¿Cómo? —preguntó el mozo.

—Nada —dijo Marne—. Sólo que si ve aquí al señor Rodd, deberá guardar silencio, ¿entendido?

Con la otra mano, enseñó su placa policial. El barman hizo un gesto de asentimiento.

—Descuide, oficial —dijo.

—Comisario Marne —se presentó el policía—. Gracias por todo... y hasta la vista. —Adiós, comisario.

CAPÍTULO III

—La señorita Tharmane padece una amnesia total y, en mi opinión, absolutamente irrecuperable —dijo Feydus—. Además, se halla sumida en un estado paracatatónico de características verdaderamente graves. En mi opinión, es un caso incurable, querido colega.

Ardliss hizo un gesto de asentimiento.

— ¿Cómo se le presentaron los problemas, doctor? —preguntó.

—Degradación progresiva. Vino un día a mi consulta, quejándose de frecuentes lagunas en su memoria. Eso, en personas de edad muy avanzada, no tiene nada de particular.

—Es cierto —admitió Ardliss—. Siga, doctor.

—Ya hay muy poco que añadir. Perdió la memoria con gran rapidez. En pocas semanas, ocho o diez, se olvidó de todo, absolutamente de todo, hasta de lo más indispensable. Por eso se halla sumida actualmente en lo que yo llamo estado paracatatónico.

—Comprendo. Un enfermo, en estado catatónico, no puede hacer nada por sí mismo. Es prácticamente un cadáver viviente. Incluso es preciso alimentarlo por otras personas.

—En efecto. Ahora bien, en el caso de la señorita Tharmane, la cosa varía ligeramente y el estado catatónico no llega a su plenitud. Sabe comer sola, si se lo ordenamos, sale a pasear, cuando le recomendamos que lo haga..., pero muy poca cosa más. Todos los procedimientos que he empleado, desde la hipnosis al anticuado del electroshock, han fracasado.

—Su único pariente es la señorita Korler —dijo Ardliss—. Ella quiere que yo examine a su tía.

Feydus se echó a reír.

—Conozco a esa encantadora muchacha —manifestó—. Viene con gran frecuencia a visitar a la enferma. Bien, colega, por mí no hay inconveniente en lo que me pide.

—La señorita Korler quiere llevarse a la paciente a su residencia particular, doctor.

—Puede hacerlo sin ningún inconveniente —accedió Feydus—. Ojalá logre curar a la señorita Tharmane, pero repito, mi diagnóstico es de un pesimismo total. Naturalmente, puedo equivocarme, aunque dudo mucho de que la señorita Tharmane logre recuperarse ya jamás.

—De todas formas, lo intentaremos —sonrió Ardliss.

Más tarde, Harry Ball se reunió con Feydus.

—Esto no me gusta, doctor.

Feydus se echó a reír.

—Harry, el doctor Ardliss se ha llevado de aquí a un leño con faldas —contestó con suficiencia.

Vlania aguardaba con gran nerviosismo la llegada del doctor, que acompañaba a su tía, junto con una enfermera de confianza. Frances Tharmane fue conducida a sus habitaciones particulares y la enfermera se encargó de atenderla por el momento.

—Gracias por haber accedido a mi petición, doctor —dijo la muchacha—. ¿Cuándo iniciará el tratamiento?

—A partir de mañana, señorita —respondió Ardliss—. Creo que a su tía le convienen unas horas de descanso. No es que haya padecido en absoluto con el traslado, pero lo estimo mejor así.

—Usted es el que manda, doctor. Y no se preocupe por sus honorarios.

Ardliss sonrió.

—Su tía me preocupa mucho más —dijo—. Franca mente, no quiero darle ninguna esperanza, pero estimo que el doctor Feydus emitió un diagnóstico correcto.

—Es posible, aunque también le diré algo que hasta ahora había callado. Antes de su enfermedad, mi tía se portó de una manera muy

rara, tan rara, que en diferentes ocasiones sacó del Banco nada menos que diez millones de dólares, de los cuales no se ha vuelto a tener la menor noticia.

Ardliss respingó.

— ¿Sospecha usted del doctor Feydus como involucrado en esa operación financiera? —preguntó.

Vlania se pasó una mano por la frente.

—Doctor, con los respetos debidos a su profesión, creo que ese dinero ha ido a parar a la cuenta corriente de su colega —respondió.

* * *

La chica estaba encaramaba en un taburete y exhibía generosamente buenas porciones de su opulenta anatomía. El pelo, largo, brillante, parecía una llama viva.

Polly Parnell gozaba plenamente de la vida. Sentíase estallante de juventud y vitalidad. La sangre le hervía. Un hombre se acercó a la barra. Era alto y apuesto, de la clase de tipos por la que Polly se volvía loca.

— ¿Qué tal, nena? —saludó Rodd.

Polly entrecerró los párpados.

—Hola, Seth —contestó, con voz cargada de promesas—. Has tardado mucho.

—Me entretuve por ahí —contestó Rodd, indiferentemente—. El joyero era un mulo.

— ¿El joyero? —preguntó ella, extrañada.

—Sí, el que me vendió un collar de perlas para ti.

— ¿Dónde lo tienes, Seth? —preguntó Polly, muy excitada.

Rodd se tocó el lado izquierdo del pecho.

—Aquí, hermosa —dijo—. Me gustaría ponértelo en el cuello yo mismo.

— ¿Y por qué no lo haces, Seth?

—Este bar está demasiado concurrido. Hemos de buscar un sitio donde podamos conversar a solas.

Polly se apeó del taburete en el acto.

—Yo conozco uno que...

Pero no pudo continuar. Tres hombres, dos de ellos uniformados, se les acercaron en aquel momento.

— ¿Seth Rodd? —dijo el que vestía de paisano.

—Sí, soy yo mismo —contestó el aludido.

Unas esposas se cerraron súbitamente sobre las muñecas de Rodd.

—Señor Rodd —dijo el comisario Marne, con gran solemnidad—, le detengo acusado de los asesinatos de su esposa Edna, de los padres de su esposa, Henry y Clara Moore, y del doctor Finney, que es quien le cambió a usted la cara por procedimientos quirúrgicos. El doctor Finney sin embargo, no le cambió las huellas dactilares, las cuales corresponden a un tal Keith Moore, que es el verdadero nombre de usted.

Rodd estaba atónito.

— ¡Pero eso no es cierto! —exclamó—. Yo no he matado a nadie.

—Señor Moore, hace algún tiempo que le vengo siguiendo. El otro día me llevé un vaso en el que había impresas unas huellas dactilares. Las huellas de Rodd son absolutamente iguales a las de Moore.

Polly se sentía pasmada.

— ¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró.

Marne hizo las prevenciones legales de rigor a su prisionero. Abrumado, Rodd asintió de modo maquinal.

La cabeza le daba vueltas. El era Jack Stuyvenz, pero no podía declararlo. ¿Quién le iba a creer, si el cuerpo de Stuyvenz estaba en la clínica de Feydus?

Su mente estaba en el cuerpo de Rodd, del que Feydus ignoraba era un asesino, realmente llamado Moore.

De pronto, sintió un frío espantoso. Su verdadera personalidad, no era la de Rodd, sino, la de Moore.

Y a Moore le esperaba el verdugo.

El comisario dio una orden:

—Llévenselo.

Los guardias salieron del bar con el prisionero en medio. Marne se volvió hacia la joven.

—Vaya esta tarde a la comisaría a prestar declaración, señorita —indicó.

Polly asintió en silencio, vivamente impresionada por la detención de su apuesto acompañante.

« ¿Quién lo hubiera dicho? Mató nada menos que a cuatro personas, el tío», pensó para sus adentros.

* * *

Vlania esperó pacientemente en la salita. Cuando vio aparecer al doctor Ardliss se puso en pie.

La joven no dijo nada, limitándose a esperar en silencio a que hablase el galeno. Ardliss sonrió.

—Aún es pronto para una respuesta concreta —dijo.

Vlania expresó claramente el desencanto que sentía.

—Yo creí que...

—Señorita, llevamos apenas dos sesiones que prácticamente no han sido sino de reconocimiento previo. Es preciso tener paciencia.

—Sí, ya me imagino. Me había hecho demasiadas ilusiones.

—Tal vez había esperado un milagro. Esas cosas ya no se producen, señorita. La curación de la señorita Tharmane, si llega, será por los medios que la medicina actual permite emplear hoy día.

—Debo armarme de paciencia —suspiró Vlania—. Pero usted no me mata las ilusiones, como el doctor Feydus.

—Hay muchos modos de ver una misma cosa. Quizá mi colega no ha sabido encontrar el remedio, o quizá ha visto que es imposible. Pero no se lo debe reprochar.

—Otra cosa le reprocharía yo —dijo Vlania, con voz cortante.

— ¿Los diez millones?—Ardliss se echó a reír—. Señorita, por favor, ¿hay pruebas de que fuesen a parar a las arcas de Feydus?

—No, pero...

— ¿Le informaba su tía de todas las operaciones financieras que realizaba?

—A mí me parece muy extraño que hayan desaparecido diez millones y que, a renglón seguido, ella se haya convertido en un poste con faldas.

—No sea tan suspicaz —dijo Ardliss—. ¿Por qué no habla con los abogados de su tía? Quizá así obtenga las respuestas para sus dudas.

—Ya lo hice una vez y no obtuve gran cosa —contestó Vlania.

—Inténtelo de nuevo —aconsejó él.

—Sí, doctor.

Ardliss consultó la hora.

—Debe irme ya —dijo—. Señorita, estaré ausente todo el fin de semana, en una pequeña casa de campo que tengo en Riverside Hills. Mi número de radioteléfono, con imagen, es el OE-1414. Si necesitase algo, llámeme sin vacilar. No creo que ocurra nada durante estos tres días, pero, en fin, vale más estar prevenidos.

—Por supuesto doctor.

Vlania anotó la dirección y el número de teléfono de Ardliss. El psiquiatra se despidió de ella:

—Volveré el lunes por la tarde, señorita Korler.

—Que tenga un buen fin de semana —le deseó ella.

* * *

El lunes, a las cinco de la tarde, después de salir de su consulta y antes de dirigirse a la mansión de Frances Tharmane, Ardliss entró en un bar cercano a tomarse una taza de café.

Barry Marne estaba sentado en un taburete, junto al mostrador. Ardliss le dio una palmada en el hombro.

—Enhorabuena, sabueso —dijo.

—Gracias, matasanos —contestó el policía—. ¿Cómo van tus chiflados?

—Mejoran, por supuesto. He leído en los periódicos tu éxito, al detener a Keith Moore. Te felicito, Barry.

—Me costó meses, la verdad. El tío supo hacerlo muy bien.

—Sí, pero al final la dura mano de la ley cayó sobre sus hombros. Ahora descansarás, me imagino.

Marne lanzó una sarcástica carcajada.

—Tú te burlas de mí —contestó—. Más me valdría haber fracasado en el caso Moore-Rodd. Me sentiría ahora mucho más tranquilo.

— ¿Por qué dices eso, Barry? —se extrañó Ardliss.

—Bueno, se han creído que soy una lumbrera, una especie de Sherlock Holmes del siglo XXI. El detective que nunca falla y cosas así, ¿comprendes?

—En todo caso, opino, no dicen más que la verdad; y no entiendo por qué te lamentas de que reconozcan tus méritos, Barry.

—Si estuvieras en mi pellejo... Pero por fortuna para ti, no lo estás. Oye, en los últimos tiempos se han producido nada menos que doce desapariciones de otras tantas personas, seis hombres y seis mujeres.

¿A que no eres capaz de adivinar a quién le han encomendado el caso?

Ardliss sonrió.

—No sé, no sé… Soy tan torpe para las adivinanzas, Barry… —contestó jovialmente. Marne emitió un bufido.

—Chuck —era el nombre que los amigos daban al psiquiatra—, si cuando termine este maldito caso no tengo que ponerme en tus manos, es que carezco de la facultad de adivinación. Y adivinar lo que me va a pasar, con este maldito asunto, ¡es tan fácil! —concluyó el policía sus melancólicas lamentaciones.

CAPÍTULO IV

—Le noto preocupado, doctor —dijo Harry Ball.

—Un poco, es cierto —admitió Feydus.

— ¿Seth Rodd?

Feydus hizo un gesto de asentimiento. Delante de sí tenía un periódico en el cual se relataban los pormenores de la captura del peligroso criminal que había dado a muerte a cuatro personas.

—Cometimos un error —dijo Feydus—. No debimos haber traído aquí a un asesino.

—Es cierto, pero, ¿quién diablos iba a sospecharlo en aquel momento? Los antecedentes de Rodd eran intachables. A mí no se me hubiera ocurrido ponerle la mano encima cuando aún usaba el nombre de Moore. Sus asesinatos levantaron una polvareda enorme.

—Ahora nos enfrentamos con un serio problema, Harry —dijo Feydus —. ¿Qué pasaría si a Moore se le ocurriese decir que él es Jack Stuyvenz?

—Lo tenemos aquí internado. ¿Quién se lo creería?

Feydus se acarició la mandíbula pensativamente.

—Mejor sería que no dijese nada, Harry —murmuró—. Si se llegase a producir una investigación…

—Doctor, a decir verdad, quien más me preocupa es Frances Tharmane. ¿Qué pasará si Ardliss logra curarla?

—Esa posibilidad queda descartada por completo, Harry. La amnesia de la señorita Tharmane es irreversible. Morirá sin haber dicho nada de lo que le sucedió.

—Ella tal vez no, pero, ¿y la chica? Me refiero a Polly Parnell, naturalmente.

—'Tampoco hablará. Sería como tirar piedras a su propio tejado, Harry —aseguró Feydus.

— ¿De veras? —dudó Ball.

—Sí, Harry. Si Polly hablase, se efectuaría una investigación. Ella sabe que sólo con mi procedimiento podría producirse el cambio de personalidad nuevamente, aunque a la inversa. ¿Qué mujer en su sano juicio, después de haber pasado de un cuerpo de ochenta años, viejo, arrugado y achacoso, a uno de veinticinco, lozano y lleno de salud y vitalidad, querría volver a invertir el actual estado de cosas? Estaría loca si así lo hiciese, ¿comprendes?

Feydus continuó:

—Su figura actual es nuestro mejor seguro, Harry, no lo dudes. Polly no dirá nada.

«Pero Ardliss puede, quizá, curar a Frances Tharmane», pensó Ball, desconfiado.

* * *

Ardliss hizo un gesto de pesimismo.

—Seguimos igual —dijo, después de una larga sesión pasada junto a la enferma.

Vlania se sintió desalentada.

— ¿No hay curación, entonces? —preguntó.

—No puedo darle esperanzas. La trataré durante una docena de sesiones más. Por supuesto, el hipnotismo ha fracasado rotundamente por ahora —manifestó el psiquiatra—. Y dado su estado actual, mejor dicho, su edad avanzada, no me atrevo a emplear cierta nueva droga que todavía está en fase de experimentación.

— ¿Por qué, doctor? —quiso saber Vlania.

—Los resultados son inciertos, además de peligrosos. No hay garantía alguna de que el cerebro de su tía recupere la lucidez anterior y sí se corre el riesgo de que muera.

—Está muerta ya —exclamó la muchacha, con vehemencia—. ¿Por qué no intentarlo?

—Señorita, ésta no es una operación de vida o muerte, en la que el único recurso que queda al paciente es el de someterse al cirujano, pase lo que pase. Se sabe que puede morir en el quirófano, pero también puede salvarse, porque si no se opera morirá irremisiblemente. Ahora bien, en el caso de la señorita Tharmane, el empleo de esa droga resultaría criminal, porque, aunque muy pequeñas, casi nulas, quedan esperanzas.

Vlania lanzó un suspiro de resignación.

—Entiendo, doctor —contestó—. Bien, siga adelante; no soy yo quien ha de imponerle el tratamiento que ha de ser aplicado a mi tía.

Ardliss sonrió.

—Gracias, señorita. A propósito, ¿habló con los abogados?

—Sí, pero están tan in albis como yo. Fue una operación que mi tía realizó personalmente, sin decirlo a nadie y sin colaboración ajena. Sólo ella sabe dónde están ahora los diez millones, pero como no hay la más remota sospecha de que hayan sido destinados a un fin criminal, y, además, es algo que se hizo cuando gozaba de sus plenas facultades mentales, pedir la intervención judicial sería algo completamente descabellado.

—El juez diría que es preciso esperar a que recupere la salud o probar que ese dinero le fue sustraído con engaños.

—Exactamente.

—Muy bien, es verdaderamente lamentable, pero, una vez más, es preciso tener paciencia. Adiós, señorita Korler.

—Adiós, doctor.

* * *

La sombra se deslizó sigilosamente por el jardín. Durante varios días, Harry Ball había estudiado a conciencia la residencia de Frances Tharmane.

Sabía perfectamente el terreno que pisaba y los lugares por donde debía moverse. Llegó al pie de uno de los muros y trepó con todo sigilo por el tronco de una añosa planta trepadora que adornaba el edificio con el verdor de sus hojas.

Ball alcanzó la ventana deseada y levantó el bastidor con suavidad. Sin hacer el menor ruido, penetró en la habitación.

La paciente dormía con toda tranquilidad en su cama. Paso a paso, Ball se acercó al lecho y se inclinó sobre la señorita Tharmane.

—Lo siento, pero no puedo consentir que ese condenado Ardliss te haga volver a la normalidad —murmuró.

Agarró una almohada y la puso sobre la cara de la durmiente. Las funciones fisiológicas se desarrollaban con toda normalidad en la señorita Tharmane y empezó a debatirse apenas sintió que le faltaba aire.

Pero era un cuerpo viejo y débil, en manos de un hombre en la plenitud de su fuerza física. Ball mantuvo la almohada durante varios minutos, en la misma posición, hasta que los movimientos convulsivos de Frances Tharmane hubieron cesado por completo.

Cuando Ball estuvo seguro de que la anciana había muerto, colocó la almohada en la misma posición, arregló cuidadosamente las ropas de la cama y se marchó con el mismo sigilo que a su llegada.

* * *

Barry Marne enseñó su tarjeta de identidad al jefe de los vigilantes de la prisión.

—Keith Moore me ha llamado —dijo—. Tengo entendido que quiere hablarme.

—Así es, comisario —respondió el guardián jefe—. Y puedo añadir que se ha negado rotundamente a declarar los motivos de su llamada.

—Muy bien, ahora los sabremos, capitán.

El capitán Larsson echó a andar. Guió a su huésped a través de una serie de largos pasillos, interrumpidos de cuando en cuando por sólidas rejas de acero, y, al fin, se detuvo ante una celda situada en uno de los extremos de la galería.

—Aquí es —dijo.

Moore estaba sentado en su camastro. Al oír la voz de Larsson se puso en pie.

— ¡Comisario, al fin ha venido! —exclamó.

—Lo siento, Moore; no me fue posible acudir antes —se disculpó Marne.

El preso miró a Larsson.

—Quiero hablar a solas con él —expresó.

—Muy bien —asintió el jefe de vigilantes. Hizo un gesto con la mano al funcionario qué cuidaba de la galería—. Abra al comisario y retírese. Avíseme cuando haya terminado la entrevista.

—Sí, capitán —contestó el guardián.

Momentos después, Marne y el preso estaban solos en el interior de la celda.

—Comisario, quiero decirle una cosa —habló Moore—. Es cierto que me hice cambiar la cara, pero no fui yo. Fue... Bueno, qué diablos, es hora de que lo sepa todo. El cuerpo es de Moore, aunque tomó luego la personalidad de Rodd, para escapar a la acción de la justicia, pero la mente es de Jack Stuyvenz. ¿Ha oído hablar alguna vez de ese tipo?

Marne miró al preso sin pestañear.

—Líneas Astronáuticas Stuyvenz, entre otras cosas —dijo.

—Exactamente. —El preso se golpeó su pecho con fuerza—. Ese soy yo, comisario, Jack Stuyvenz.

Hubo un instante de silencio. Luego, Marne se volvió hacia la cancela.

— ¡Vigilante, abra! —llamó.

—Pero, ¿es que no quiere creerme? —gritó el preso desesperadamente —. Soy Stuyvenz, tiene que creerme, comisario.

—Lástima de tiempo perdido —masculló Marne, en tanto le abrían la puerta.

—Hay gentes que recurren a todo con tal de evitar un viajecito a la cámara de desintegración —dijo el guardián, meneando la cabeza. Había oído las últimas frases de Moore sin esfuerzo alguno, debido a los gritos que profería el preso.

Marne se alejó, echando pestes de Moore. El preso se arrojó sobre el camastro, llorando como un niño.

—Soy Stuyvenz, soy Stuyvenz —repetía una y otra vez—. Aunque sea viejo y achacoso, quiero mi cuerpo. Quiero mi cuerpo… No me importa vivir sólo unos pocos años más, pero quiero vivir… ¡Quiero vivir!

El vigilante le miró con expresión entre conmiserativa y desdeñosa.

—Seguro que tus víctimas también dijeron lo mismo —murmuró.

* * *

Vlania firmó el cheque, lo arrancó del talonario y se lo entregó a Ardliss.

—Sus honorarios, doctor —expresó la muchacha.

—Gracias, señorita —dijo Ardliss—. Créame que lo siento de veras.

—Ahora ya no se puede hacer nada por ella, doctor. Le aseguro que le estoy profundamente agradecida por todos sus esfuerzos.

—Siento haber fracasado.

—La culpa no fue suya, sino del miserable que la asesinó.

Ardliss respingó.

— ¡Señorita Korler! La muerte de su tía se debió a un colapso cardíaco. Así reza el certificado de defunción de su médico de cabecera, hombre que la conocía bien, creo.

—El doctor Williams es un mulo con dos patas, carente de imaginación. Sostengo que mi tía fue asesinada y trataré de probarlo, doctor.

—No sé qué decirle. A la edad de la señorita Tharmane...

—El corazón no le falló. Le pusieron una almohada en la cara y pereció asfixiada.

— ¿Como lo sabe usted? —se asombró Ardliss.

Vlania se tocó la frente con el índice.

—Uso lo que tengo debajo —contestó—.Y el culpable, aunque no lo haya hecho él personalmente, es el doctor Feydus.

—Bien, pero, ¿por qué habría de querer asesinar a su tía, suponiendo que ello fuese cierto?

—Los diez millones, doctor —dijo Vlania, rotundamente.

—Usted persiste en su idea de que están en las arcas de Feydus.

—Sí, doctor, y nadie me hará mudar de pensamiento. Guste o no guste a quien sea, seguiré adelante hasta desenmascarar a ese forajido.

Ardliss pensó que la muchacha se hallaba un tanto excitada, debido a la reciente muerte de la señorita Tharmane.

—Si me permitiese un consejo... —dijo.

—No le garantizo que lo siga, doctor —respondió Vlania.

—Haga un largo viaje. ¿Por qué no se decide a conocer Marte? Creo

que tiene paisajes bellísimos. Es una excursión magnífica, se lo aseguro.

Vlania apretó los labios.

—Tengo algo más importante que hacer en la Tierra —contestó.

CAPÍTULO V

Una vez más, Ardliss se encontró con el policía en el bar en que ambos acostumbraban a tomar un refrigerio de cuando en cuando.

Ardliss era hábil psicólogo, y, además, conocía a Marne desde hacía muchos años.

—Te duele el estómago, seguro —dijo en broma, al observar la expresión ceñuda de su amigo.

—Ya puedes asegurarlo, Chuck —contestó Marne—. Estoy que muerdo.

— ¿Algún contratiempo profesional? Porque si no es así, tengo noticias de la perfecta salud de tu mujer y de los chicos.

—La familia, por fortuna, está bien. El que ya no está tan bien es ese condenado Keith Moore.

— ¿El autor de los cuatro asesinatos?

—El mismo, Chuck. Figúrate que me envía un mensaje, diciéndome que quiere hablarme con toda urgencia. Con mi mejor buena fe, acudo a la cárcel, creyendo que va a decirme algo importante de veras, ¿y sabes lo que me ha dicho ese sádico?

—No, Barry. Dímelo tú, por favor.

—Pues me ha dicho... —Marne elevó los brazos al cielo—. Está loco de remate, Chuck. Nada menos que asegura que él es Jack Stuyvenz, el presidente de las Líneas Astronáuticas Stuyvenz. ¿Te imaginas mayor insensatez?

— ¿Está loco de veras, Barry? —preguntó Ardliss.

— ¡Y yo qué sé! —contestó el policía, malhumoradamente—. En primer lugar, es un caso que, para mí, está cerrado; y en segundo lugar, tengo ahora otro no menos importante entre manos.

—La desaparición de doce personas.

—Exactamente. Ando buscándolas como un loco... y acabaré poniéndome en tus manos, si no lo resuelvo pronto, Chuck.

Ardliss sonrió.

—Vamos, vamos, no es para tomárselo así —dijo—. Lo que pasa es que tú te concentras demasiado en los problemas que se te plantean y eso puede resultarte pernicioso, porque si sobrecargas tu mente...

Pero el policía no le escuchaba.

Marne tenía la vista fija en una hermosa rubia que acababa de entrar en el bar.

Era una joven alta y de formas rotundas, vestida con gran elegancia. A Ardliss le chocó la atención de su amigo hacia la recién llegada.

Marne tenía una memoria fotográfica o no hubiera podido llegar hasta el puesto que ocupaba en la actualidad. Inmediatamente, reconoció a la rubia.

Ella pasó por delante de los dos hombres. Marne dijo:

—Usted es Polly Parnell, señorita. La rubia se detuvo en seco y contempló al policía especulativamente.

—Así me llamo —confirmó con cierta sequedad. 0

Marne enseñó sus credenciales.

—Ando buscándola a usted, señorita Parnell —manifestó—. Se la dio por desaparecida. ¿Lo sabía?

— ¿Quién denunció mi desaparición, comisario?

—Sus padres, señorita Parnell.

—Les he escrito recientemente. Ya no hay motivos para sentir alarma —dijo Polly.

—Bueno, pero... usted estuvo ausente varios meses.

—Soy mayor de edad, ¿no? ¿Se me acusa de algún crimen, comisario?

Marne se quedó desconcertado. Polly sonreía.

—No tengo por qué dar explicaciones a nadie de lo que he hecho durante este tiempo —contestó—. Pero si le interesa, le daré mi dirección.

Polly abrió el bolso, sacó una tarjeta y se la entregó al policía.

—Ahora vivo donde indica la tarjeta —manifestó—. Siempre que guste, puede venir a visitarme.

—Soy casado —refunfuñó Marne.

—Entonces, su amigo —dijo Polly con todo desparpajo—. ¿También es casado? —se dirigió a Ardliss.

—No, señorita —contestó el interpelado, sonriendo.

— ¿Es amigo del comisario?

—A veces. Otras, nos peleamos. Mi nombre es Ardliss, Payne E. Ardliss, pero los amigos me llaman Chuck.

Polly le estudió críticamente de pies a cabeza.

—Oye, Chuck, ¿te han dicho alguna vez que eres un buen mozo? —exclamó, a la vez que sonreía incitantemente.

Marne se apeó del taburete.

—Me voy —dijo—. ¡Qué papelitos tiene que hacer uno a veces!

Y se alejó, echando pestes, mientras Polly se colgaba del brazo del psiquiatra.

—Llevo una temporada algo sola —dijo, insinuante—. Muy sola, Chuck, te lo aseguro.

—Y necesitas compañía.

Polly suspiró, poniendo en grave riesgo la integridad del tejido que cubría su busto de exuberantes contornos.

— ¿Lo dudas, Chuck? —contestó mimosamente.

* * *

—Una lástima, la muerte de la pobre señorita Tharmane —dijo Harry Ball.

Feydus miró a su ayudante. El tono hipócrita de Ball era claramente perceptible.

—Me gustaría saber que no tienes nada que ver con ello, Harry —habló Feydus, recelosamente.

Ball se contempló las uñas.

— ¿Cree que es un grave contratiempo la muerte de la señorita Tharmane? —preguntó.

Feydus no contestó. Prefería no decir nada.

Era una forma, no menos hipócrita, de no enterarse de la verdad. Pero, en el fondo, sabía que Ball había asesinado a la anciana.

—Ardliss podría haberla hecho hablar, doctor —dijo Ball.

—No. Insisto, una y mil veces, mi procedimiento es infalible.

— ¿Su procedimiento o el del doctor Barlattery?

Feydus se quedó parado.

— ¿Que quieres decir, Harry? —preguntó.

—Doctor, la muerte de su jefe resultó muy oportuna para usted, ¿verdad? Se erigió en director de la chuica, lo que significa también ser el amo absoluto. Aquella chica, Betty Key, le hizo un gran favor, ¿no es así?

—Harry, será mejor que no hablemos de este asunto —rezongó Feydus, presintiendo que el otro sabía la verdad—. ¿Tienes alguna queja en lo referente a sus beneficios económicos?

—Hombre no; el asunto marcha a las mil maravillas..., pero, insisto, la

posible curación de Frances Tharmane, podría haberlo echado a rodar todo por tierra.

—Como quieras, pero temo que no vas a poder hacer lo mismo cada vez que la familia de uno de nuestros pacientes especiales se lo lleve a su casa.

—Doctor, hasta ahora las familias de nuestros clientes prefieren seguir pagando por tenerlos internados en la clínica —manifestó Ball—. Ello les libra de muchas preocupaciones enojosas; tener en casa a un enfermo incurable es siempre molestísimo, sobre todo cuando se dispone de dinero para que otros lo cuiden. Pero aquella chica insistió en llevarse a su tía. Frances Tharmane está mejor muerta, créame.

—Muy bien, no lo discutamos más, Harry.

El interfono zumbó de pronto.

—Doctor, el señor Clymont espera en la antesala —informó una recepcionista.

—Muy bien, hágale subir a mi despacho.

—Sí, doctor.

Feydus cortó la comunicación.

—Harry, lárgate, pero no te alejes demasiado —ordenó—. Quiero tenerte a mano, ¿entendido?

—Sí, doctor. ¿Otro... «cliente»?

El psiquiatra sonrió.

—Eso espero. Clymont ha cumplido ya los ochenta y cuatro años y tiene una fortuna evaluada en no menos de cien millones, conque, imagínate.

Ball hizo un gesto harto gráfico con la mano.

—Apriételе las clavijas, doctor —aconsejó cínicamente.

* * *

A través de los barrotes de su celda, Keith Moore agarró a Marne por las solapas.

—Usted es el único que puede salvarme, comisario —sollozó—. Nadie quiere creer que soy Jack Stuyvenz. Mi cuerpo es el de Moore, pero mi mente es la de Stuyvenz.

Los guardias llegaron, sombríos y fúnebres, acompañados del director de la prisión, del capellán y del jefe de vigilantes. También estaban presentes el defensor del reo y los testigos señalados por la ley.

Uno de los testigos era el psiquiatra forense. Mientras Moore era conducido hacia la sala de ejecuciones, Marne hizo un aparte con el galeno.

— ¿Está loco de veras, doctor Borchs? —preguntó.

El psiquiatra hizo un gesto negativo.

—Cometió todos sus crímenes con plena conciencia de lo que hacía —respondió—. Su actitud actual no es sino un claro empeño de simulación, a fin de conseguir la declaración de demencia y evitar así ser ejecutado. Pero no cabe la menor duda de que Keith Moore está totalmente sano de espíritu.

—Una idea más bien rara —comentó Marne—. ¿Por qué no le dio por cazar moscas? Su locura habría sido creída con más facilidad, ¿no le parece?

—Los tests de todo género que se le hicieron probaron su absoluta lucidez mental —contestó Borchs—. No me agrada la pena de muerte, pero no podía faltar a la verdad, diciendo lo que no era cierto.

Ya estaban en la sala de ejecuciones. La cámara era un cubo de vidrio de algo más de dos metros de lado, completamente transparente, con un sillón en el centro.

Moore fue atado al sillón. El director, desde la puerta, le formuló una última pregunta, mientras el capellán trazaba una cruz en el aire:

—Moore, ¿tiene algo más que decir, antes de que se cumpla la sentencia?

— ¡Soy Stuyvenz, lo juro! —respondió el condenado.

El director se retiró. Un vigilante cerró la puerta.

En cada uno de los ángulos interiores del cubo y en el techo, directamente sobre la cabeza del condenado, había unos gruesos reflectores, con tapa externa de vidrio, de color rojo muy oscuro. Todos los reflectores, en número de siete, convergían sobre el centro de la cámara.

El director de la prisión volvió la vista hacia uno de los lados de la sala, en donde había un guardián, situado junto a un tablero de mandos. El índice derecho del guardián estaba apoyado sobre un ancho botón de color rojo.

La cabeza del director se movió una vez abajo y arrija. El índice del ejecutor presionó a fondo el botón fatídico.

Marne tenía los ojos fijos en el condenado. En el último instante, le vio abrir la boca y gritar:

— ¡Soy Stuyvenz!

Pero el vidrio de la cámara, de un grosor excepcional, impedía que los sonidos saliesen al exterior.

Siete proyectores concentraron su potencia desintegrante sobre el cuerpo del condenado. Stuyvenz-Rodd-Moore sintió, durante una décima de segundo, un calor intensísimo. Viose envuelto en una roja llamarada y luego todo se hizo negro para él.

Los espectadores vieron únicamente que el condenado se convertía en humo. El calor y la luz no eran más que unas impresiones subjetivas, que sólo duraron una cortísima fracción de tiempo.

* * *

—Hola, May —saludó Vlania Korler—. ¿Puedo pasar?

—Entra, Vlania —contestó May McCarr—. ¿De dónde sales?

— ¡Psé! Hace tiempo que no te veía y me dije que quizá te gustaría que te hiciese una visita. ¿Te molesto?

—No, en absoluto, Vlania. Mi marido está ausente y aún tardará un buen rato en volver. ¿Quieres tomar algo?

—Si no te molesta, un poco de café.

—Te lo traeré ahora mismo.

May se alejó hacia la cocina. Vlania se reclinó en el diván y encendió un cigarrillo.

Contempló abstraída las nubes de humo. May y ella habían sido años atrás compañeras de estudios. Nunca habían dejado de relacionarse, si bien en los últimos tiempos sus encuentros habían sido menos frecuentes.

Pero ahora, Vlania había decidido que le convenía cultivar de nuevo la amistad de May McCarr. Tenía poderosos motivos para obrar así.

May vino minutos más tarde con una bandeja en las manos.

—Sigues soltera, ¿no es así, Vlania? —dijo, mientras llenaba las tazas.

—Por ahora, no me quejo —sonrió la visitante.

—Los hombres están ciegos —exclamó May, alegremente—. En fin, todo será que te topes con el que te ha tocado en suerte. Entonces, caerás de cabeza sin darte cuenta.

—Eres muy optimista, May. Creo que voy para solterona.

—Como tu pobre tía. Perdona, pero aún no te he dicho nada.

—No te preocupes, May, ya se me ha pasado.

—La querías mucho, Vlania.

—No conocía, se puede decir, a mis padres. Ella me recogió y viví siempre a su lado.

—Comprendo. Créeme que lo siento, Vlania.

—Gracias, May. Pero hablemos ahora de ti y de tu vida.' Trabajas, me parece.

— ¿Te parece? —rió la dueña de la casa—. Sabes que sí, Vlania. No tenemos hijos... y no por falta de ganas, sino porque no vienen —suspiró May—. Bueno, no me iba a estar todo el santo día mano sobre mano, así que volví a mi trabajo anterior. Tú sabes que obtuve el grado en contabilidad mercantil.

—Sí, estabas en un Banco, creo.

—Ahora soy la subdirectora de la sucursal —declaró May, con orgullo —. El sueldo es excelente, el trabajo no mata y, en fin, así ahorramos para el día en que venga Tommy.

— ¿Quién es Tommy? —preguntó Vlania, asombrada. —Si tengo un chico, se llamará así —respondió May.

CAPÍTULO VI

—Me pregunto por qué Moore diría que era Jack Stuyvenz.

Ardliss se echó a reír. Los dos amigos tomaban su ya casi inveterada taza de café en el local de costumbre.

— ¿Todavía te preocupa, Barry? Obtuviste un éxito notable con la captura del asesino. Se ha hecho justicia, así que no te preocupes más de él.

—Tengo que preocuparme, Chuck. A veces me daba la impresión de que era sincero.

— ¡Barry! Refrena tu imaginación, hombre. Moore tenía unos treinta años, y Stuyvenz, si no me equivoco, setenta y seis. Moore debiera de haber pensado en otra personalidad si quería engañar a los psiquiatras forenses.

—Es verdad, pero...

Marne frunció el ceño de repente. Un hombre acababa de entrar en el bar.

Una vez más, funcionó la portentosa memoria del comisario. Cuando el recién llegado pasaba por su lado, dijo:

— ¡Forbes!

El hombre se volvió.

— ¿Quién es usted? —preguntó.

Marne le enseñó su placa.

—Policía —dijo. Y añadió—: Soy el comisario Marne.

— ¿He cometido algún delito, comisario? —pregunto Forbes.

—Que yo sepa, no. Pero su hermano denunció la desaparición de usted hace algunos meses.

—Ah, sí, estuve de viaje. Era un asunto reservado y no me convenía la publicidad.

— ¿Ni siquiera su propio hermano debía conocer su ausencia, señor Forbes?

El hombre sonrió.

—Pregúntele —contestó—. Yo trabajo en una importante empresa. ¿Ha oído hablar alguna vez del espionaje industrial?

—Sí, claro.

—Eso lo explica todo, ¿no le parece, comisario?

—Sí, señor Forbes —suspiró Marne.

—Ha sido un placer, comisario —declaró Sid Forbes, y continuó su camino.

«Sí, era un placer», pensó Bill Clymont, bajo el aspecto de un hombre de treinta años, llamado Sid Forbes. Retroceder de golpe cincuenta años y adoptar una nueva personalidad, resultaba fascinante.

— ¿Todavía sigues con el caso de los doce desaparecidos? —preguntó Ardliss.

—Todavía —contestó Marne—. Y lo curioso de este asunto es que ya han aparecido tres o cuatro, cuyas declaraciones son idénticas. Han estado ausentes algunos meses y ninguno de ellos quiere decir dónde pasó ese tiempo.

— ¿Se tienen noticias de que hayan cometido algún delito, Barry?

—No, en absoluto.

—Entonces, no te preocupes más.

—No, si yo no me preocupo, Chuck; quien se preocupa es mi jefe, el superintendente Calvin. La hija de un íntimo amigo suyo desapareció hace cuatro meses y en ese tiempo no han tenido noticias suyas. Esa chica forma parte del grupo de los doce, ¿comprendes?

Polly Parnell entró en aquel momento, radiante de belleza, elegante y desenvuelta.

—Hola, cariño —saludó, besando a Ardliss en una mejilla—. ¿Qué tal, polizonte?

Sin saber por qué, Marne sentía una instintiva antipatía hacia la rubia.

—Adiós, Chuck —se despidió.

Ardliss y Polly se quedaron solos.

—Parece que no le gusto a tu amigo el policía —comentó Polly.

— ¡Bah, no hagas caso! —dijo Ardliss—. Tiene un caso complicado entre manos y eso le hace estar preocupado. Hablemos de nosotros mismos, ¿quieres, preciosa?

—Encantada, Chuck —accedió la rubia.

* * *

Se oyó un suave tañido, repetido varias veces. Con una toalla envuelta en torno a la cabeza, cubierta con una bata de baño, Vlania cruzó la sala a la carrera y llegó junto al videófono.

Instantes después, tenía en la pantalla la imagen de su amiga May McCarr.

—Hola, May —saludó alegremente—. Estaba en el baño y... ¿Tienes noticias para mí?

—Algunas —contestó May, que aparecía muy seria—. Vlania, es la primera y única vez que te hago este favor, ¿comprendes?

—No te lo pediré más —aseguró la muchacha—. Dime, May.

—Una de las operaciones que realizó tu tía fue el ingreso de una

importante cantidad a nombre de una tal Polly Parnell. La suma es muy grande, principesca más bien, pero no me hagas darte más datos.

—Comprendo, May. Está bien, me conformo con lo que me has dicho. El nombre es Polly Parnell, ¿no es así?

—En efecto. Adiós, Vlania.

—Gracias, May.

Vlania cortó la comunicación y se quedó pensativa durante unos momentos.

«Bueno —se dijo al cabo—, ahora va a ser cosa de buscar a esa tal Polly Parnell y enterarse de por qué mi tía puso tanto dinero en el Banco a su nombre.»

* * *

La enorme astronave descendió, apoyada en sus chorros de fuego, hasta que las patas de sustentación se apoyaron en el suelo marciano. El comandante de la nave cortó la ignición y dejaron de salir llamas por las toberas.

Los chorros de agua de refrigeración del suelo entraron en funcionamiento segundos más tardes. Espesas nubes de vapor subieron a lo alto, ocultando por completo la elevada estructura de la astronave.

Finalmente, el suelo se enfrió. La torre de desembarco se acercó lentamente, moviéndose sobre gigantescas orugas. El puente se tendió automáticamente y quedó apoyado en la recién abierta escotilla, situada a ochenta metros sobre el suelo marciano.

Los pasajeros empezaron a desembarcar. Cruzaban el puente y un montacargas, de amplia plataforma, los conducía a tierra. Las edificaciones de Terraport se divisaban a lo lejos, cerca del horizonte.

Uno de los pasajeros era el comisario Marne. Al policía le disgustaba enormemente, pero no le había quedado otro remedio que desplazarse hasta el cuarto planeta del sistema.

Había en Marte uno de los doce desaparecidos. Marne tenía interés en

hablar con él.

Hubo de esperar veinticuatro horas, tiempo terrestre, antes de poder dar con su hombre.

Marne lo encontró en el vestíbulo del Terraport, tomando unas copas en unión de una espléndida muchacha, hija de' terrestres, pero nacida en Marte. Decíase que no había mujeres más bellas que las que ya eran denominadas marcianas, con todo derecho y sin el menor asomo de burla.

—Señor Álvarez —dijo el comisario.

Pedro Álvarez se volvió. Era un hombre joven, alto, atlético, de rostro tostado y ojos penetrantes.

—Soy yo —contestó.

La placa del policía salió a relucir.

—Comisario Marne. Señor Álvarez, tengo un especial interés en hablar con usted.

— ¿Es muy urgente, comisario?

—He venido desde la Tierra sólo para esta entrevista, señor Álvarez —manifestó el policía.

Los ojos de Álvarez se entrecerraron.

— ¿Puede decirme qué sucede, por favor? —inquirió.

—A solas —contestó Marne significativamente.

La marciana se alejó.

—Nos veremos luego, Pedro. En el sitio de costumbre —se despidió.

—Por supuesto, Lily. ¿Y bien, comisario?

Marne sacó una agenda de notas.

—Señor Álvarez, usted desapareció sin dar noticias a nadie, durante el período de tiempo que va desde el dieciséis de enero de dos mil cuarenta y siete hasta el treinta de junio del mismo año. ¿Quiere decirme dónde estuvo todo ese tiempo?

Hubo un instante de silencio. Los dos hombres se contemplaban fijamente.

— ¿Y bien? —dijo Marne, en vista del silencio de su interlocutor,

— ¿Tiene usted algún poder legal para obligarme a contestar» a su pregunta, comisario? —quiso saber Álvarez.

—No, pero...

—En tal caso, no le diré nada. No cometí ningún delito durante esos meses, única causa por la cual obtendría usted un mandamiento judicial que me obligase a declarar lo que hice en ese período de tiempo. ¿Está claro, comisario?

—Clarísimo, señor Álvarez —suspiró Marne—. Pero al menos yo pensé que...

—Lo siento. Puesto que no es obligación mía declarar lo que hice durante esas fechas y dado que mi conciencia está absolutamente tranquila, no le diré nada. Y para conseguirlo, tendrá que probar suficientemente la comisión de algún delito, hecho que, insisto, no se ha producido.

De nuevo se produjo un intervalo de silencio. Luego, Marne dijo:

—Señor Álvarez, fueron doce los casos de desaparición, de los cuales he localizado ocho. Ninguna de las ocho personas localizadas, incluyéndole a usted, desde luego, han querido declarar lo que hicieron durante el tiempo que permanecieron en ignorado paradero. ¿Poiqué? ¿Es tan malo divulgarlo?

Álvarez tenía una copa en la mano y la vació de un trago.

—Adiós, comisario —se despidió escuetamente.

Marne agitó la mano. La barman del Terraport le puso una copa delante.

El policía se sentía cada vez más preocupado. En aquellos casos de desaparición y reaparición presentía algo turbio, algo oculto, que ninguno de los afectados quería declarar.

¿Cuál era el enigma del obstinado silencio que ocho personas, que no se conocían entre sí, que no tenían ni habían tenido ninguna relación previa, se empeñaban en mantener a toda costa?

* * *

—Usted dijo que no creía en la hipótesis del asesinato, doctor —habló Vlania a través del videófono.

—Teóricamente, es posible; en la lo considero improbable —contestó Ardliss.

—Está bien. Le diré una cosa. Feydus tiene una cómplice.

—Vaya —sonrió el psiquiatra—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Investigando, ¿qué se creía? Sé que esa mujer recibió enormes cantidades de dinero de mi tía, antes de que acudiera a tratarse con el doctor Feydus, y lo sé de buena tinta, aunque no quiero divulgar el nombre de mi informador, por no perjudicarle.

Vlania dijo «informador» a fin de no delatar el hecho de que las noticias se las había facilitado una mujer. Era mejor así, pensó.

—Muy bien, pero, ¿tiene la seguridad de que esa mujer está en connivencia con Feydus?

—Hasta ahora, no tengo pruebas, pero las encontraré. ¿No lo comprende, doctor? Feydus se escuda tras ella para no comprometerse. Le resultaría difícil explicar por qué mi tía le entregó nada menos que diez millones.

—Sí, parece lógico…

—Lo es —afirmó Vlania rotundamente—. Y yo acabaré por desenmascarar a ese psiquiatra asesino y a la mujer que es su cómplice.

— ¿Conoce usted el nombre de la mujer, Vlania?

—Sí. Se llama Polly Parnell.

CAPÍTULO VII

El puño de Sid Forbes golpeó la mesa con violencia.

—Hay que hacer algo, doctor —dijo coléricamente—. Yo no tengo ganas de que ese maldito comisario descubra el pastel. Le pagué dos millones, ¿no es así? Pues espabílese y busque una solución a este problema.

—Cálmese, señor Forbes…

—No me da la gana —contestó el visitante, muy excitado—. Sé que el comisario ha estado interrogando a otras personas que se hallan en mi caso. ¿Cree que tengo ganas de volver a aquel cuerpo cascado y achacoso, que era el de Bill Clymont?

—Bueno, tendré que pensar algo…

—Y pronto, doctor, antes de que la cosa se ponga al rojo vivo. Piense en que usted también perdería mucho, quizá más que yo.

Forbes se marchó, dando un portazo. Harry Ball entró segundos más tarde.

—Lo he oído todo —dijo.

Feydus estaba muy nervioso.

—Marne es un sabueso con un olfato casi infalible —dijo—. Si nos descubre…

—Hay un medio de evitarlo, doctor —manifestó Ball.

— ¿Un asesinato? —exclamó Feydus, con visible repugnancia—. Harry, sería un error mayúsculo, si Marne muriese violentamente.

— ¿Quién ha hablado de asesinato? —rió Ball—. Doctor, ¿se ha fijado usted en la edad del comisario?

Feydus tenía ante sí una vieja revista, en la que aparecía una fotografía de Barry Marne.

—Treinta y cinco años —calculó.

—Reste uno, doctor —dijo Ball—. Además de joven, Marne está hecho un toro.

— ¿Tratas de sugerirme que debemos... «almacenarlo»?

—Exactamente.

—Pero si luego reapareciese...

—Todos los rejuvenecidos han adoptado, de principio, las profesiones de los dueños de sus nuevos cuerpos. Luego, poco a poco, han ido abandonando el trabajo, dedicándose a vivir de las rentas del dinero que depositaron previamente a nombre de su actual personalidad. ¿Por qué Marne no habría de hacer lo mismo??

—Sí, pero es preciso tener en cuenta que ninguno de los otros era un funcionario que ha de justificar el tiempo de sus ausencias. La de Marne resultaría injustificable.

—Ahora tiene un candidato, Robert Pelt. Dele el cuerpo del comisario... Una vez lo tengamos aquí, podremos hacer, antes de iniciar el tratamiento, que pida una licencia de dos meses. ¿Tardará usted tanto tiempo en el tratamiento?

Feydus asintió.

—Sí, podría ser una buena solución —dijo. Ball sonrió satisfecho.

—Yo me encargaré de traerle al comisario —afirmó.

* * *

Aunque Ardliss había llegado a intimar bastante con Polly, sus relaciones, sin embargo, no habían tomado un cariz definitivo. Polly era hermosa y simpática, pero también voluble y demasiado viva de genio.

Además, el psiquiatra había hecho discretas averiguaciones por su cuenta. La vida anterior de Polly, y eso que él no tenía prejuicios, había tenido muy poco de ejemplar.

Pero antes de dar el paso de una ruptura total y vistas las noticias que le había proporcionado Vlania, Ardliss creyó conveniente sostener una conversación con la rubia. Conocía bien su domicilio y fue a visitarla a una hora en que sabía podía sorprenderla con la guardia bajada.

Polly abrió la puerta bostezando aparatosamente, mal envuelto su opulento cuerpo en un peinador que no poseía precisamente la virtud de la opacidad. Su bostezo se cortó en seco al reconocer a su visitante.

— ¡Chuck! Pero, ¿qué haces en mi casa, tan temprano? —se sorprendió.

Ardliss soltó una risita.

— ¿Temprano? Hace ya rato que dieron las doce, guapa.

— ¡Qué tardísimo es! —se lamentó Polly—. La verdad es que anoche estuve con unos amigos, y nos metimos en juerga… Era ya casi de día cuando me iba a dormir… Creo que me conviene tomarme medio litro de café…

—Lo haré yo, mientras te das una ducha, Polly —se ofreció el psiquiatra.

—Sí, gracias, querido.

Polly se fue hacia el cuarto de baño con paso inseguro. Ardliss la contempló con crítica expresión.

—Debió de agarrarla buena anoche —murmuró.

La rubia salió del baño media hora más tarde.

—Ya me encuentro un poco mejor —dijo.

—Aquí tienes café y aspirinas —señaló Ardliss.

Polly se tomó dos tabletas y una taza de café. Luego miró a su visitante.

—Está bien, Chuck —dijo—. ¿De qué se trata? Porque no es tu costumbre venir a mi casa a estas horas…

—Polly, el año pasado tú eras una cliente habitual de la Red Tavern, un lugar muy poco recomendable, a decir verdad.

—No es ningún crimen, tampoco —contestó ella secamente.

—Desde luego, pero entonces, tu cuenta corriente estaba a cero. Unos meses más tarde, alguien depositó a tu nombre, en un Banco, una enorme cantidad de dinero. La persona que realizó esa operación se llamaba Frances Tharmane.

Polly guardó silencio. Su pecho opulento subía y bajaba convulsivamente.

«Lo ha descubierto» pensó Frances Tharmane, bajó la personalidad de la antigua ramera Polly Parnell.

—Chuck, ¿quieres un consejo? —dijo al cabo.

—Sí, Polly.

—Sal de mi casa y no vuelvas a verme más.

Ardliss se puso en pie.

—Lo haré como dices —contestó—. A la policía, sin embargo, le gustará conocer el origen de tu actual fortuna.

El psiquiatra se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y trazó un amplio círculo con la mano.

—Polly, este lujoso apartamento no corresponde a lo que tú eras antes —dijo—. No te reprocho tu antigua profesión; hay cosas que pertenecen a la conciencia personal de cada uno. Pero cuando el cambio de fortuna se debe a un delito, las cosas varían, ¿comprendes?

—Obtuve el dinero de una forma enteramente legal y te desafío a que pruebes lo contrario, Chuck —contestó Polly.

—Tal vez lo haga. Adiós.

Polly se quedó sola, mordiéndose los labios furiosamente.

—Sí este maldito entrometido descubre el pastel…

Su primera intención fue correr al videófono y llamar al doctor Feydus, pero se contuvo oportunamente.

—No —dijo, casi en alta voz—. Este es un asunto que he de resolver yo sola y sin ayuda de nadie.

Poseía experiencia…, la experiencia que le daba una edad mental de ochenta años en un cuerpo de veinticinco.

* * *

El comisario Marne dejó su automóvil eléctrico en el estacionamiento, como tenía por costumbre. Se dirigió a pie hacia el ascensor, que le llevaría hasta el departamento en que vivía, situado treinta pisos más arriba, y entró en la casa.

Había un hombre esperándole. Harry Ball ya tenía una pistola en la mano.

Marne quiso reaccionar al ver el arma, pero obró demasiado tarde. La pistola de Ball vomitó un chorro de gas, que le alcanzó de lleno en el rostro.

El policía se tambaleó. Gruñó algo entre dientes. Ball le lanzó otra descarga. Marne cayó derrumbado, sin sentido, sobre el suelo del ascensor.

El coche de Ball estaba a pocos pasos de distancia. Para el atacante, no resultó empresa difícil trasladar el inerte cuerpo de Marne hasta el vehículo.

Ball llegó a la clínica una hora antes del amanecer. Feydus le aguardaba con impaciencia.

—Todo ha salido bien, doctor —sonrió Ball—. La carta de petición de licencia es ahora cosa suya.

—Muy bien, yo me encargaré del asunto. Pero… Marne tiene esposa y dos hijos.

—Usted puede hipnotizarlo para que se comporte con toda naturalidad. Ordénele que hable con ella y que le diga que finge pedir dos meses de licencia, a fin de realizar una misión muy reservada. De este modo, nos evitaremos llamadas intempestivas de la señora Marne a la Jefatura de Policía.

—De acuerdo. ¿Y cuando se haya hecho la transposición de mentes?

Ball hizo un gesto de indiferencia.

—De aquí a dos meses, tendremos tiempo de pensar en una solución —contestó.

Por la mañana, cerca del mediodía, llegó a la clínica un sujeto llamado Robert Pelt.

Feydus recibió a su visitante con toda amabilidad. Se enteró de sus pretensiones y le garantizó un resultado satisfactorio.

La fotografía del comisario Marne, tomada pocas horas antes, agradó extraordinariamente a Pelt.

—Treinta y cuatro años y una salud a prueba de bomba —dijo Feydus —. ¿Qué le parece, señor Pelt?

El visitante lanzó un suspiro.

—Treinta y cuatro contra ochenta y dos. La cosa no ofrece duda, doctor… ni por mí personalmente, ni por la cuestión económica —declaró.

Feydus hizo una inclinación de cabeza.

—Los dos quedaremos satisfechos —auguró.

* * *

—Lizzy, ¿has visto al comisario?

La barmaid hizo un gesto negativo.

—Debe de andar metido en algún caso de los complicados, doctor —respondió—. Hace más de una semana que no se le ve el pelo.

—Gracias, Lizzy. —Ardliss abonó su consumición y salió del bar.

Sentía una cierta preocupación. No era normal que Marne faltase durante tantos días seguidos.

La casa de su amigo estaba a pocas manzanas de distancia y se sintió tentado de visitar a la señora Marne, pero, pensándolo mejor, decidió que haría una llamada videofónica. En realidad, tampoco había motivos de grave preocupación.

Llegó a su casa y se cambió de ropa. Buscó una botella, puso unos cubitos de hielo en un vaso y se sirvió una dosis de escocés.

Al llevarse el vaso a los labios percibió un olor extraño.

Ardliss se puso rígido. Aquel olor…

Inspiró un par de veces. Ya no cabía la menor duda; había cianuro en el licor.

Ardliss dejó el vaso a un lado con todo cuidado. ¿Quién diablos pretendía envenenarle?

Lo mejor sería hablar con Marne y contárselo todo, decidió. Bueno, si él no estaba en su casa, Laura, su esposa, le diría dónde podría hallarlo.

El psiquiatra fue hacia la mesita donde tenía el videófono y se sentó frente al aparato. Alargó una mano hacia la tecla de contacto y entonces vio algo que le hizo fruncir el ceño.

Aparte del cable de conexión, grueso, de casi un centímetro, había un hilo muy fino que partía de la base del aparato y se perdía en el suelo. Ardliss no había visto nunca aquel cable y ello le sorprendió extraordinariamente.

Reflexionó. El whisky tenía cianuro. Pero el que había puesto el veneno en la botella debía de haber calculado que podía no tomar un trago. Entonces, era conveniente asegurarse por otro medio de que iba a producirse la muerte del psiquiatra.

¿Una bomba?

La encontró minutos más tarde, oculta en bajo pavimento. Era una pastilla de forma oblonga, de unos doce centímetros de longitud por ocho de anchura y tres de grueso.

El explosivo tenía aún su envoltura de protección. Sobre el papel impermeable había un rótulo altamente significativo: Ullradinamita.

Ardliss sintió frío. ¿Quién quería convertirle en picadillo?

La campanilla del videófono, sonando súbitamente, le hizo pegar un salto que le llevó a tres metros del aparato.

CAPÍTULO VIII

Ardliss procuró tranquilizarse y se acercó de nuevo a la mesita. La bomba estaba desconectada y ya no existía riesgo de explosión. Pero el súbito campanilleo le había dado un susto mortal.

Presionó la tecla de contacto. A los pocos segundos, tenía en pantalla la cara de Vlania.

— ¡Doctor! —exclamó la muchacha—. ¿Qué le sucede? Está pálido como un difunto...

—Vlania, tengo motivos para ello. Alguien ha querido deshacerse de mí —respondió el psiquiatra. La transmisión era en colores naturales; por ello, Vlania había podido apreciar su palidez.

— ¿Cómo? —gritó ella—. ¿Sugiere que han tratado de asesinarlo?

—Exactamente. Hay cianuro en mi botella de escocés y, por si fuese poco, pusieron una bomba debajo de la mesita dónde tengo el videófono. Creo que debe de haber unos trescientos gramos de ultradinamita, lo que equivale a tres kilos del viejo explosivo ideado por Nobel.

Vlania se sentía anonadada.

—'Pero, ¿cómo ha podido suceder tal cosa? —exclamó.

—No lo sé —contestó él—. Lo único que puedo decirle es que el olor a almendras amargas me advirtió de la presencia del ácido prúsico en el whisky. Luego vi el cable de contacto de la bomba. Estaba empalmado a la tecla de conexión del videófono. Usted ya sabe que cuando uno quiere emplear el aparato, lo primero que hace es pulsar la tecla de conexión para dar el contacto y luego marcar la cifra deseada.

—Así es, en efecto —convino Vlania.

—Bien, la intensidad de la descarga eléctrica producida por la pulsación de esa tecla es muy débil, aunque suficiente, sin embargo, para activar la espoleta de la bomba. Si no llego a descubrir el cable de conexión, a estas horas estoy convertido en pedacitos.

—Me siento horrorizada —dijo ella—. Pero, ¿no se le ocurre algún nombre?

—Tal vez uno..., pero quizá me exceda en mis sospechas.

—Dígalo, doctor.

—Polly Parnell.

—La que robó el dinero a mi tía.

—Justamente. Estuve hablando con ella hace días. Se mostró muy reticente, casi hostil.

— ¿Y cree que ella...?

—No puedo asegurar nada, pero su pasado tiene poco de edificante.

—Parece conocerla bien —observó Vlania.

—A decir verdad, hace algunos meses que nos conocemos. Habíamos llegado a ser bastante amigos, pero después de lo que usted me dijo, yo investigué discretamente y averigüé algunas cosas desagradables sobre su pasado.

—Creo que comprendo, doctor. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Lo primero de todo, llamar a mi amigo el policía. Más tarde, a la noche, iré a darme una vuelta por la Red Tavern.

— ¿Algún local, doctor?

—Sí, es una taberna en donde Polly encontraba hace un año su modus vivendi. Nunca le faltaron clientes, ¿me entiende?

—Se le entiende perfectamente, doctor. Por favor, llámeme apenas sepa algo.

—Lo haré, se lo prometo —contestó Ardliss.

Momentos después, estaba en comunicación con Laura Marne.

— ¿Qué tal, Laura? —saludó—. ¿Puedo hablar con tu esposo?

—Está fuera, Chuck —contestó la señora Marne.

— ¿Ha ido de viaje? —se extrañó Ardliss.

Laura se encogió de hombros.

—No puedo decírtelo —manifestó—. Hace ocho días me llamó y dijo que partía para realizar una misión muy reservada. Sé que estará ausente ocho o diez semanas, pero no puedo añadir más.

—Es curioso —murmuró el psiquiatra—. Laura, ¿resulta corriente que Barry falte de casa durante más de dos meses?

—Tanto como corriente, no; más bien infrecuente. Pero tampoco es extraño. Lo ha hecho ya en un par de ocasiones y, aunque me disgusta, sé que son cosas de su profesión.

—Gracias, Laura.

Ardliss cortó la comunicación.

Preocupado, pensó que la ausencia de su amigo parecía un tanto oportuna en aquellos momentos.

—O inoportuna, según se mire —suspiró.

* * *

La fachada estaba pintada de un rojo estridente, sobre la que, en grandes letras luminosas, que se encendían y apagaban intermitentemente, se podía leer el nombre del local: The Red Tavern.

Los tiempos podían cambiar y también la indumentaria, pero el cambio de costumbres se producía con mucha mayor lentitud, pensó Ardliss, en el momento en que franqueaba la puerta de la taberna. A la gente seguían gustándoles ciertas cosas.

—El vino y las mujeres —musitó—. Y esto, desde tiempo inmemorial.

Había bastante gente en el local. El ambiente era el que podía esperarse de un establecimiento situado en uno de los barrios poco recomendables de la urbe.

Ardliss avanzó hacia el mostrador y pidió una copa. A los pocos momentos, se le acercó una mujer.

Era joven y atractiva y vestía de un modo incitante. Miró al joven y sonrió.

—Tengo sed —dijo insinuantemente.

—Pide lo que quieras, preciosa —contestó Ardliss—. Me llamo Chuck —añadió.

—Mi nombre es Abbie —dijo la chica.

Una camarera puso sendas copas delante de la pareja.

—Salud, Abbie —dijo Ardliss.

—Salud, Chuck.

Bebieron. Ardliss dijo poco después:

—Es un lugar bastante concurrido. ¿Vienes aquí con frecuencia, Abbie? —preguntó.

—Bastante, Chuck.

—Entonces, conocerás a mucha gente.

Abbie entornó los ojos.

— ¿A quién buscas, Chuck? —preguntó.

Ardliss se echó a reír.

—Eres lista —dijo.

—Aquí se aprende rápidamente, Chuck. ¿Cómo se llama?

—Polly Parnell.

—Ah, Polly. Sí, la recuerdo.

— ¿Hace mucho tiempo que no la ves, Abbie?

—Seis o siete meses. Me la encontré un día en la calle y quise saludarla. Ella ni me reconoció siquiera. O no quiso reconocerme.

—Caramba. ¿Tan flaca de memoria es?

Abbie se encogió de hombros.

—Ha prosperado —contestó—. Por lo visto, no le gusta que le recuerden lo que hacía aquí en otros tiempos.

— ¿Hace mucho tiempo de eso, Abbie?

—Un año, más o menos. Pero un buen día, desapareció, sin decir nada a nadie, y dejé de verla hasta que me la encontré, como ya te he dicho antes. Fuimos bastante amigas y nos ayudábamos mutuamente cuando

alguna de nosotras andaba mal de fondos. Ha debido de hacer fortuna y vive como una princesa. Ya no quiere ni recordar las viejas amistades —declaró Abbie con amargura.

— ¿Alguna herencia? —sugirió Ardliss.

La chica soltó una estridente carcajada.

— ¡No digas tonterías! —contestó—. Pescaría a algún viejo podrido de dinero y... Bueno, es la suerte de cada una, ¿entiendes?

—De modo que desapareció sin despedirse de nadie.

—Así es, Chuck; de la noche a la mañana, dejó de venir aquí y... Oye, ¿qué te interesa tanto de esa orgullosa?

—Asuntos particulares, Abbie.

Ella le miró recelosamente.

—No serás un «poli», ¿verdad?

—No, pero, aunque lo fuera, ¿has dicho algo que puedas reprocharte?

—Eso es cierto —admitió Abbie—. Bueno, ¿tomamos otra copa?

Bebieron de nuevo. Luego, discretamente, Ardliss puso unos billetes en manos de la joven.

—Eso te demostrará que no soy un policía —dijo.

Abbie miró los billetes y contuvo un gesto de sorpresa.

— ¡Rayos! —exclamó.

—Nena, olvida que me has visto alguna vez —aconsejó el psiquiatra.

— ¿Crees que eso es posible? —se lamentó ella.

Pero Ardliss se dirigía ya hacia la salida. No era mucho lo que había averiguado, aunque sí tenía una base para presionar a Polly en la próxima entrevista.

Cuando salía de la taberna, dos tipos que estaban sentados a una mesa y que bebían parsimoniosamente, se levantaron, adoptando una actitud indiferente. Ardliss cruzó la puerta y los dos hombres lo hicieron segundos más tarde.

* * *

El psiquiatra caminaba con paso tranquilo. Era una actitud que Ardliss había adoptado deliberadamente.

Dobló una esquina y se metió por una calle mal iluminada. A los pocos metros, encontró un portal y, saltando de costado, se refugió en el hueco.

Sonaron pasos precipitados.

— ¿Dónde está? —preguntó alguien.

—No puede haber ido muy lejos. Tiene que estar cerca de aquí...

Una mano salió repentinamente del portal y agarró por el cuello al que hablaba en aquel instante. El sujeto gorgoteó, mientras su compinche daba un salto lateral.

Ardliss disparó su puño. Un cuerpo humano se desplomó instantáneamente sobre la acera.

Frente a él, centelleó un puñal.

Ardliss sonrió.

—Me lo imaginaba —murmuró.

Y esperó a pie firme la acometida del sujeto.

Cuando el puñal buscaba su cuerpo, avanzó la mano derecha velozmente y agarró la muñeca armada de su oponente, retorciéndosela rápida y brutalmente. El acero quedó así encarado al cuerpo del atacante, en el que se clavó hasta el mango.

Se oyó una tos agónica. Ardliss soltó al rufián, cuyas manos buscaron instintivamente el mango de la navaja. Pero las fuerzas le fallaron de pronto y cayó de bruces sobre el asfalto.

Ardliss agarró al caído por los sobacos y lo arrastró hasta la sombra del portal. Luego se inclinó hacia el otro sujeto y lo arrimó a la pared.

Esperó unos momentos. El hombre abrió los ojos y miró torpemente a

su alrededor.

—Eh, Hyke, ¿dónde estás?

—Ha muerto —dijo Ardliss lacónicamente.

Hubo un instante de silencio. La comprensión entró al fin en la mente del rufián, cuya mano fue veloz en busca de un arma.

Ardliss le dejó que la sacara. Luego le retorció la muñeca y encaró la punta del acero contra su pecho.

—Si empujo a fondo, seguirás la misma suerte de Hyke —dijo severamente—. ¿Quieres que lo haga?

— ¡No, rayos! —contestó el otro, aterrado.

—Entonces, tienes que contestar a dos preguntas.

El rufián bajó la vista un instante y contempló la mano que aferraba su muñeca con dedos de hierro. Vio también la navaja apoyada en su pecho y sintió miedo.

—Está bien. Pregunte —accedió.

— ¿Tu nombre?

—Stavini.

—Os pagaron para quitarme de en medio. ¿Quién?

Stavini guardó silencio. Luego, sintiéndose impotente para resistir, pronunció el nombre que esperaba el psiquiatra:

—Polly Parnell.

Un instante después, el puño de Ardliss se abatía sobre la sien de Stavini. El rufián volvió a perder el sentido.

Ardliss le quitó la navaja y la guardó en el bolsillo. Luego metió a Stavini en el portal, junto al muerto.

Momentos después y desde una cabina telefónica, llamaba a la policía. A Stavini, pensó, le iba a ser muy difícil hallar una explicación convincente para justificar la puñalada que había recibido su compinche.

CAPÍTULO IX

Aquella mañana, el doctor Ardliss recibió la visita de un honorable miembro de la policía, el sargento W. N. Langle.

—Doctor —empezó diciendo el sargento—, sepa que mi visita es a título particular. No está relacionada en modo alguno con su profesión y si vengo es porque conozco la gran amistad que le une a usted con mi jefe, el comisario Marne.

—Así es, sargento —confirmó el psiquiatra—. Y, por cierto, hace muchos días que no tengo noticias de él.

—Nosotros tampoco, señor. Se recibió una carta suya, solicitando una licencia de dos meses por asuntos propios. Como últimamente había trabajado con gran intensidad, se le concedió sin inconvenientes.

—Algo de eso me dijo la señora Marne, sargento. ¿Es cierto que se sentía fatigado, al menos mentalmente?

Langle hizo un gesto ambiguo.

—Es probable, aunque no lo dio a entender, doctor —contestó—. ¿Le notó usted síntomas preocupantes? —En absoluto. Me pareció normal en todo momento, si bien he de confesar que los casos en que estaba interviniendo le tenían notablemente preocupado.

—A mí también, doctor, porque yo era su ayudante principal. Conozco bien al comisario y se me antoja muy extraño que pidiese una licencia en el punto más crítico de la investigación.

— ¿Ha hablado usted con la señora Marne, sargento?

—No, doctor, no he querido preocuparla, pero...

—Yo hablé con ella. Me dijo que a su esposo le había sido encomendada una misión muy reservada y que, para cubrir las apariencias, había solicitado los dos meses de licencia. Por lo visto, no era la primera vez que lo hacía.

—En este caso, y salvo la natural de costumbre, no había reserva que

justificase tanto secreto —contestó Langle—. Doctor, estoy muy preocupado por la ausencia de mi jefe.

Ardliss se reclinó en su sillón.

—Sargento, ¿intervino usted en el caso Moore? —preguntó.

Langle hizo un gesto de asentimiento.

—En efecto, doctor —respondió—. Un caso más bien extraño y que aún ahora me quita el sueño a veces.

— ¿Puedo saber por qué? ¿Cree que se cometió una injusticia al ejecutar a un asesino convicto?

—No, doctor; está fuera de toda duda que Moore cometió aquellos cuatro asesinatos. Pero, ¿era él mismo en el momento de matar a sus víctimas?

— ¿Qué quiere decir usted? —preguntó Ardliss.

—Bueno, doctor, usted es mucho más competente que yo para juzgar estas cosas, pero... En fin, yo juraría que se trataba de un caso de desdoblamiento de la personalidad.

—Algo así como el doctor Jekyll y míster Hyde, ¿no? —Más o menos, sólo que Moore juraba y perjuraba que él era Jack Stuyvenz. Y yo... y yo...

Langle vacilaba visiblemente.

—Bueno, doctor —se decidió al cabo—, he de decirle que, por mi profesión, soy aficionado a los temas psiquiátricos. Carezco, por supuesto, de la notoria competencia de usted, pero algo sé del asunto. Y más desde que hace unos pocos días, cayó en mis manos este opúsculo.

Ardliss tomó el librito que le tendía su visitante. Era una comunicación médica, dirigida a la Academia de Ciencias y firmada por un tal míster Barlattery, doctor en medicina y especialista en Psiquiatría.

—Me gusta leer estas cosas, doctor —manifestó Langle—. Siempre se aprende algo para el mejor trato con los delincuentes y suelo husmear en una librería vecina a mi casa. Hace cuatro o cinco días encontré este opúsculo. Como puede ver, data de tres o cuatro años atrás.

Ardliss asintió.

El título del librito era altamente sugerente:

TEORÍA DE LA TRANSPOSICIÓN DE MENTES ENTRE HUMANOS

Ardliss meditó unos momentos. Luego miró al visitante.

— ¿Puedo quedármelo, sargento? —preguntó.

—Con mucho gusto, doctor.

Langle se puso en pie.

— ¿Podré venir a verle otro día, doctor? —consultó.

—Ya le llamaré yo, sargento —respondió Ardliss, sonriendo.

* * *

Ardliss llegó a la puerta y se dispuso a llamar, pero una voz que salía del interior del departamento atrajo su atención:

— ¡Usted es una farsante y una ladrona!

—Haga el favor de salir de aquí, señorita. Jamás la he visto antes de ahora. Está ofendiendo mi integridad...

—Eso es algo que no ha conocido usted jamás.

Ardliss empujó la puerta. Frente a frente, como dos gallos de pelea, estaban Vlania y Polly.

—Modere su lenguaje, Vlania —dijo Ardliss mesuradamente.

Las dos mujeres se volvieron hacia él.

— ¡Doctor! —dijo Vlania.

— ¿A qué has venido, Chuck? —preguntó Polly, en tono poco amable.

Ardliss cerró la puerta cuidadosamente.

—Quiero hablar contigo, Polly —contestó—. Vlania, usted hará el favor de permanecer callada. ¿Entendido?

La muchacha asintió. Polly levantó la barbilla, desafiante.

— ¿Vienes también a acusarme de ladrona, Chuck? —preguntó.

Ardliss se acercó a un aparador en el que había botellas, destapó una y olfateó su contenido. Luego vertió licor en una copa.

—De formular alguna acusación contra ti, sería de asesinato, Polly —dijo al cabo.

—No sé de qué estás hablando, Chuck.

—Mientes muy mal, Polly. Demasiado sabes quién puso cianuro en mi whisky y quién colocó trescientos gramos de ultradinamita bajo el suelo de mi casa. Pero ahora que lo veo claro, me doy cuenta de que no fueron sino dos cebos, dos, por si fallaba uno. En realidad, sabías que yo no moriría ni envenenado ni hecho polvo por la explosión.

—Tienes una fantasía desbordante, Chuck —dijo Polly con mordacidad—. ¿Se te pegan las locuras de tus clientes? »

—El cianuro era excesivo, así que hasta el más tonto tenía que advertirlo de inmediato —dijo el psiquiatra sin perder su mesura—. Y en cuanto a la bomba, estaba tan deliberadamente mal instalada, que era lógico que advirtiese la trampa al primer vistazo. Pero tú calculaste muy bien, en efecto; y como sabías que yo ya había estado más de una vez en la Red Tavern, calculaste que volvería allí. El cianuro y la ultradinamita fueron los cebos que tú pusiste para hacerme ir a la Red Tavern y encontrarme con dos tipos llamados Hyke y Stavini. ¿Te costó mucho dinero contratar sus «servicios»?

Polly se mordía los labios de rabia.

—No sé…

—Hyke está muerto. Stavini confesó que tú les diste dinero para que me liquidaran.

Hubo una pausa de silencio. Vlania escuchaba con infinita atención.

—Polly —dijo Ardliss al cabo de unos segundos—, dime cuál es tu verdadera personalidad. Realmente, ¿es Polly Parnell tu nombre?

La rubia sacó el pecho.

—No contestaré a esa pregunta —exclamó resueltamente.

* * *

Ardliss no se inmutó. Terminó la copa y sacó del bolsillo un anticuado reloj, con su cadena.

—Es un poco tarde ya —dijo—. Polly, ¿por qué no hablas sinceramente de una vez?

—Me gustaría que los dos se marchasen de aquí. ¡Ahora mismo! —exclamó la rubia con voz crispada.

Ardliss dejó que el reloj pendiera de su cadena, dando vueltas en el aire.

—Si de veras eres Polly Parnell, si el dinero que posees actualmente está legítimamente conseguido, ¿qué temes? —preguntó.

Polly cruzó los brazos bajo el pecho opulento.

—No hablaré —contestó.

—Es una lástima, Polly. Tienes tantas cosas interesantes que decirnos...

El reloj seguía dando vueltas. Vlania notó unos diminutos chispazos que brotaban del artefacto y que parecían taladrarle el cerebro. Instintivamente, apartó la vista a un lado.

—Sí, Polly, tienes muchas cosas que decirnos —insistió el psiquiatra—. Pero, ¿no te sientes fatigada? Estarías mejor sentada ahí, en ese sillón tan cómodo...

Polly seguía en pie.

—Las piernas te flaquean, se te doblan las rodillas... Siéntate, siéntate, Polly...

La persuasiva voz de Ardliss obró el prodigio. Polly se sentó en el sillón y se agarró a los brazos con ambas manos.

Vlania contenía el aliento. Ahora se daba cuenta claramente de que Ardliss estaba sometiendo a la rubia a una sesión de hipnotismo.

Polly tenía los ojos abiertos, pero su mirada parecía perdida en el infinito. Sin soltar el reloj, Ardliss se acercó a ella.

—Polly, estás dormida —dijo.

—Sí —contestó la interpelada.

— Debes responder a mis preguntas. ¿Me entiendes?

—Sí.

Ardliss guardó silencio un instante. El pecho de Polly subía y bajaba con sosegado ritmo.

—Polly, ¿quién eres tú? —preguntó al cabo.

La paciente tardó un segundo que a Vlania se le antojó un siglo.

—Yo soy Frances Tharmane —respondió finalmente.

* * *

Vlania lanzó un grito.

— ¡Cállese! —dijo Ardliss casi con brutalidad.

—Lo siento, no he podido contenerme...

—Pues procure moderarse o la haré salir de aquí. Polly, ¿sigues dormida?

—Sí —contestó la rubia.

Ardliss lanzó un suspiro de alivio. Temía que el grito de Vlania hubiera roto la sugestión a que había sometido a la joven.

—Está bien. De modo que dices que eres Frances Tharmane.

—Sí.

—Pero tienes toda la apariencia de Polly Parnell.

—El cuerpo es de Polly. La mente es mía.

—Tu mente es la de la señorita Tharmane.

—Sí.

— ¿Cómo lo conseguiste?

—'No lo sé.

— ¿Trasplante de cerebro?

Vlania se metió un puño en la boca. Sentía unos vivísimos deseos de gritar, pero no se atrevía a interrumpir el interrogatorio del psiquiatra.

—No lo sé —repitió la rubia.

—De modo que tu mente pasó al cuerpo de Polly —siguió Ardliss.

—Sí.

— ¿Por qué lo hiciste?

—Era una vieja. Quería volver a ser joven nuevamente, hermosa, admirada de los hombres, envidiada de las mujeres.

—Pero tenías dinero y antes de someterte a ese tratamiento, hiciste secretamente unas cuantas transferencias de capital a otros Bancos.

—Sí.

—Y la operación te costaría algo.

—Dos millones.

Ardliss contuvo el aliento.

—Una minuta nada modesta —calificó a media voz.

Elevó el tono—: Así, pues, ignoras cómo se hizo la transposición de mentes.

—No lo sé.

—Pero sí puedes decirme quién lo hizo.

—El doctor Feydus.

— ¿Conoces el procedimiento que empleó?

—No. Sólo sé que me dormí un día siendo Frances Tharmane y que cuando desperté estaba ya en el cuerpo de Polly Parnell.

— ¿Sabes de otros casos similares al tuyo?

—No.

Ardliss reflexionó un instante. Prácticamente, podía asegurar que ya conocía lo más interesante del caso.

—Polly, ahora te vas a dormir —dijo—. Despertarás dentro de una hora y cuando eso suceda, no recordarás que Vlania Korler y yo hemos estado aquí. ¿Has comprendido?

—Sí.

Ardliss hizo una seña a la muchacha.

—Vámonos.

Vlania le siguió en el acto.

—Estoy muerta de curiosidad —confesó al salir.

—Hablaremos en mi casa, tranquilamente —decidió el psiquiatra.

CAPÍTULO X

—Es increíble —dijo Vlania, mientras Ardliss llenaba las tazas con el café recién hecho—. De no haberlo presenciado personalmente, diría que todo es una gran farsa.

—Pues no hay nada de farsa, sino la más absoluta y descarnada realidad. El cuerpo es de Polly, pero la mente, no cabe la menor duda, es la de su tía.

—Eso quiere decir que ella, ahora, contempla el mundo desde los veinticinco años, pero con la experiencia de los ochenta.

—Más o menos. Debe de ser una experiencia fascinante, ¿no cree?

—Tal vez, pero, ¿es legal? No creo que la auténtica Polly accediese graciosamente a convertirse en una anciana de ochenta años —alegó Vlania.

—Desde luego que no. Tuvo que hacerlo a la fuerza.

—Y Feydus lo realizó, cobrando dos millones por la labor.

—En efecto, Vlania.

—Pero, ¿cómo lo hizo? Hasta ahora, los trasplantes de cerebro son irrealizables. Se puede trasplantar casi cualquier miembro del cuerpo, pero no el cerebro.

Ardliss sorbió su café.

—Tiene usted razón, Vlania, y a mí no se me ocurre más que un medio para la transposición de mentes.

— ¿Cuál es, Chuck?

—Hipnotismo.

— ¿Cómo?

—El otro día vino a verme un sargento de la policía, aficionado a mi especialidad. Traía un opúsculo editado por el doctor Barlattery, anterior director de la clínica que actualmente rige Feydus. En ese librito se apuntaban cosas muy interesantes acerca de la transposición de mentes.

—Pero..., yo no lo comprendo del todo. Usted me hipnotiza a mí y yo me creeré que soy... cualquier otra persona. Sin embargo, ese estado no puede durar siempre. Un día u otro me despertaré... y no habrá habido tal transposición de mentes.

Ardliss se frotó la mandíbula.

—Eso es lo que me preocupa —declaró—. Porque la transposición de mentes es real y efectiva y, parece, definitiva. De otro modo, hipnotizada, Polly no habría dicho que es Frances Tharmane.

—Todo lo contrario; habría asegurado ser quien aparenta.

—En efecto, Vlania.

—Chuck, aunque ella fuese mi tía, ¿pueden existir personas capaces de prestarse a un hecho semejante?

Ardliss suspiró.

—Vlania, el ansia de rejuvenecer, por un método u otro, no es cosa precisamente de este siglo —contestó.

—Sí, es cierto —admitió la chica—. Así, pues, usted opina que la transposición de mentes ha sido total y tan absoluta como si se hubiese efectuado un trasplante de cerebros.

—Ciertamente, Vlania, aunque lo que me intriga es el procedimiento empleado.

—Chuck, a mí me intriga otra cosa. Mi tía es ahora Polly Parnell. Está en el cuerpo de esa rubia, pero la mente de Polly murió cuando murió mi tía. Dígame usted, ¿cómo supo mi tía que debía ir a la Red Tavern para contratar a dos asesinos?

—Muy sencillo. Antes de someterse a tratamiento, su tía tuvo que aprenderse el historial de Polly, por lo menos en sus puntos más sobresalientes. Y teniendo en cuenta que era una habitual de la Red Tavern...

—Cuando fui a su casa, ella no me reconoció. O tal vez fingió no reconocerme.

—No la reconoció, Vlania, en efecto. Por la sencilla razón de que, si bien la mente de su tía está ahora en el cerebro de Polly, ella mira ahora con los ojos de Polly.

—Un poco complicadillo es, ¿no cree?

—En cierto modo. Estoy seguro de que Polly emprendió una nueva vida, precisamente para olvidar inconvenientes. Teniendo ahora la mente en otro cuerpo, su tía no reconoce las antiguas amistades de Polly, aunque las recordará si se lo dicen, porque se estudió su vida antes del tratamiento. Pero tampoco la reconoció a usted, porque eran los ojos de Polly los que la miraban y en la mente actual de su tía, los recuerdos no han sido traducidos a imágenes. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, Chuck. Y ahora que esto ha quedado aclarado, o casi aclarado, ¿qué piensa hacer?

Ardliss dudó.

—Lo primero de todo, ver de buscar a un amigo policía —contestó—. Ha desaparecido de un modo extraño y, después de lo que he averiguado, empiezo a sospechar que está en manos del doctor Feydus.

* * *

Sid Forbes salió de detrás del biombo, abotonándose la camisa. El médico estaba sentado detrás de su mesa de trabajo, mordisqueando pensativamente el cabo de su pluma.

— ¿Y bien, doctor? —dijo Forbes, en vista del prolongado silencio del galeno.

El médico miró a su paciente.

—Señor Forbes...

Se calló un instante. Luego continuó:

— ¿Quiere usted que le engañe o prefiere conocer la verdad, por amarga que sea, señor Forbes?

El paciente se puso rígido.

—Con lo que acaba de decirme, casi tengo bastante, doctor —respondió—. Prácticamente, sólo me queda hacerle una pregunta.

—Hágala, señor Forbes.

— ¿Cuánto me queda de vida?

—Tres, cuatro meses. Si llegase a los seis, me asombraría muchísimo. En el grado a que ha llegado su enfermedad, cuatro meses, es el plazo máximo que le concedo.

—Otra pregunta, doctor. De una manera indiscutible, ¿no hay remedio?

La respuesta del médico fue tajante:

—No.

Forbes hizo un gesto de asentimiento. Recogió la chaqueta de una silla y se la puso.

— ¿Cuáles son sus honorarios, doctor? —preguntó.

—No me pague nada, señor Forbes —respondió tristemente el médico —. Me parecería un crimen cobrar un solo penique por anunciar a un hombre que está irremisiblemente condenado a muerte.

* * *

Antes de dar ningún paso que pudiera comprometerle gravemente, Ardliss decidió hacer una gestión.

A cada momento que transcurría, veía más clara la relación entre los desaparecidos a los cuales había buscado el comisario Marne y los misteriosos sucesos ocurridos, de uno de los cuales era principal protagonista Polly Parnell.

«O Frances Tharmane, como se quiera decir», pensó, mientras se detenía ante la puerta de un piso.

Llamó. Un hombre joven y bien parecido, aunque pálido y desencajado en aquellos momentos, abrió sin tardanza.

— ¿Qué desea usted? —preguntó.

—Hablo con el señor Forbes, supongo —dijo Ardliss. —Así me llamo —confirmó el aludido—. ¿Quién es usted?

—Ardliss, psiquiatra. Quizá no me recuerde usted, pero yo estaba con el comisario Marne cuando éste le interrogó acerca de los motivos de su desaparición.

—Sí, tengo una vaga idea... Pase, doctor.

Ardliss hizo una leve inclinación de cabeza. Cruzó el umbral y notó en el acto un olor inconfundible.

Su mirada fue hacia la botella medio vacía que había sobre una mesa. Forbes comprendió el significado de aquella mirada y sonrió.

—Necesitaba un par de buenos tragos —dijo.

— ¿Malas noticias, señor Forbes?

—No se preocupe de eso, doctor. ¿Quiere beber?

—Gracias, no me apetece ahora.

—Yo, sí; yo necesito algo más que beber. Necesito emborracharme. Puede que luego me tire por la ventana a la calle.

Ardliss se sorprendió de aquella respuesta.

— ¿Qué le pasa? ¿Van mal sus negocios? —preguntó.

—Le dije antes que no se preocupe de mí. —Forbes volvió a llenar la copa—. ¿En qué puedo servirle, doctor?

—Sólo pretendo hacerle unas pocas preguntas, sencillas y fáciles de contestar, señor Forbes.

—Muy bien, adelante —invitó el aludido, mientras se repantigaba en un cómodo sillón—. Pregunte, pregunte, doctor.

—Usted es ahora Sid Forbes. Pero sólo el cuerpo. ¿De quién es la mente?

Forbes sonrió.

—De modo que ya lo sabe, doctor —dijo—. Bueno, mi mente es la de Bill Clymont. Unión de Empresas Clymont, para más detalles.

— ¿Cuántos años tenía usted antes de la transposición de mentes?

—Ochenta y tantos... pero, eso, ¿qué importa ahora?

—Tiene razón, no importa. Lo interesante es que me diga cómo se realizó esa operación.

—No lo sé —contestó Forbes—. Yo fui a ver al doctor Feydus, cuando todavía era el viejo Clymont, un tipo cascado y achacoso, pagué, me sometí al tratamiento y eso es todo.

— ¿Recuerda algo de las operaciones del tratamiento?

—No. Me dormí Clymont y desperté Forbes. Eso es todo.

Era una respuesta que concordaba plenamente con otra análoga de Polly Parnell, pensó Ardliss.

— ¿Cómo eligió su actual apariencia? —preguntó.

—Feydus me mostró algunas fotografías. Escogí el cuerpo que me pareció más atractivo.

—Antes del tratamiento, sin embargo, tuvo que estudiar la historia de Sid Forbes.

—Por supuesto, aunque sólo los detalles más sobresalientes. Lo tuve que hacer, para evitar contratiempos al surgir bajo la personalidad aparente de Forbes. Me he encontrado después con algunos de sus conocidos y he salido airoso de la prueba, aunque, desde luego, he evitado seguir manteniendo las amistades.

—Comprendo. ¿Sabe usted de qué forma averiguó Feydus el historial de Forbes?

—No tengo la menor idea, aunque imagino que se lo preguntó a él mismo. Oiga, ¿por qué no va a ver a Feydus y le hace a él todas las preguntas que me está haciendo a mí?

—Tal vez lo haga, señor... —Ardliss dudaba si llamar Clymont o Forbes a su interlocutor—. ¿Puedo pedirle un favor? —consultó.

—Sí, claro.

—Discreción. Se lo ruego.

Forbes sonrió de un modo extraño.

—Acaso vaya yo a ver a Feydus un día de éstos —dijo—. Tengo que ajustar una cuenta con él.

Ardliss abrió mucho los ojos.

— ¿Qué cuenta? —preguntó.

—Es un timador. Yo le pagué para que me diese el cuerpo de un hombre joven y robusto, no el cuerpo de un hombre que va a morir antes de cuatro meses.

Ardliss respingó.

— ¡Señor Forbes! ¿Cómo puede decir tal cosa? —exclamó.

Forbes se enderezó un poco, alargó una mano y tomó un papel que había sobre la mesita.

—Lea —invitó.

El psiquiatra obedeció. Segundos después, miraba a Forbes con expresión de enorme sorpresa.

—De modo que...

—El nombre vulgar es corrosión aórtica, doctor —contestó Forbes—. Usted ya sabe, la nueva forma de cáncer que ataca sólo a la aorta. Es curioso —rió amargamente—; todas las formas de cáncer han sido dominadas y hoy día, es una enfermedad que se cura con facilidad. Sólo el virus que ataca la aorta es resistente a todos los medicamentos y, literalmente, destruye ese vaso sanguíneo en pocos meses.

—Pero un trasplante...

—La enfermedad suele descubrirse demasiado tarde, cuando ya no hay remedio. El virus no ataca al resto del corazón, pero permanece en él latente. ¿Comprende, doctor?

Ardliss hizo un gesto de asentimiento.

—No sabe cuánto lo lamento —se despidió de Forbes.

Cuando salía, le oyó decir:

—Cochino timador...

* * *

Polly Parnell se puso un cigarrillo en los labios y buscó fósforos.

Sentíase inquieta y nerviosa, aunque no conocía la causa. Algo le había pasado, estaba segura de ello, si bien no podía decir de qué se trataba.

Encontró una tira de fósforos y encendió el cigarrillo, inhalando el humo profundamente. Había despertado hacía poco, dormida en un sillón. No era costumbre suya y menos a media tarde, en que estaba fresca y descansada.

Algo le había pasado. ¿Qué era?

De pronto, se puso rígida.

Aún tenía en la mano la tira de fósforos. Leyó el anuncio y su mente sufrió un fuerte choque.

—«Golden Ladies Boutique» —leyó.

Era una tienda de modas muy acreditada.

—Pero yo no he ido allí últimamente…

La comprensión entró de súbito en su cerebro, en el cual anidaba ahora la mente de Frances Tharmane.

— ¡Vlania, ha sido Vlania! —gritó—. Ha estado a verme…

Estuvo unos momentos pensativa. Luego corrió hacia el videófono, dio el contacto y marcó una cifra.

Una enfermera apareció en el acto.

—Clínica del doctor Feydus —anunció.

—Soy Polly Parnell. —dijo ella—. Quiero hablar inmediatamente con el doctor.

—Lo intentaré…

— ¡Es muy urgente, señorita!

La expresión de Polly impresionó a la enfermera. Momentos después, aparecía en la pantalla el rostro de Feydus.

—Señorita Parnell —saludó amablemente—. ¿Cómo se encuentra?

—Mal —contestó Polly sin rodeos—. Escuche, doctor; el asunto está a punto de irse al diablo.

— ¿Cómo?

—Mi sobrina… Bueno, Vlania Korler ha estado a visitarme. Está metiendo las narices donde no le importa y temo que descubra el pastel, ¿comprende?

—Sí, pero…

—Doctor, haga algo pronto o le estallará todo en mil pedazos. Yo no

tengo ganas de que me pase nada, ¿comprende?

—Sí, pero, ¿qué sugiere usted, señorita Parnell?

—Hombre, no sea tonto. Échele mano a Vlania y guárdela ahí para cuanto otra vieja quiera un cuerpo joven. Ahora ya me entiende, ¿no es así?

—Desde luego, pero le costará...

— ¡Y un cuerno! —contestó Polly brutalmente—. Ya la pagué bastante, así que espabílese usted y haga lo que le digo. Doctor, trate de pensar en quién de los dos va a perder más que yo.

Feydus hizo un gesto de aquiescencia.

—De acuerdo. Haré lo que usted desea, señorita Parnell —accedió finalmente.

—Y no deje de llamarme en cuanto la tenga ahí —recomendó Polly como despedida.

Pegó un papirotazo a la tecla de contacto y la imagen del doctor Feydus se esfumó.

* * *

—De modo que la transposición de mentes es un hecho confirmado —dijo el sargento Langle.

—Así es —respondió Ardliss—. Lo sé por dos conductos, uno de ellos, obtenido sin la voluntad de uno de los pacientes. El otro me lo dijo voluntariamente.

—Es decir, que un tipo viejo y con dinero le paga al doctor Feydus y éste le proporciona un cuerpo joven y lleno de vida.

—Exactamente, aunque en algunos casos se cometan errores garrafales. Pero ya se lo contaré todo por el camino, sargento.

— ¿Adónde vamos, doctor? —quiso saber Langle.

—A la clínica de Feydus, naturalmente.

—Un momento, doctor. No sea tan impulsivo.

—Langle, mi amigo Marne está allí —dijo Ardliss con vehemencia.

—Yo también lo sospecho así, pero no podemos entrar allí por las buenas. Necesitamos un mandamiento judicial y de este modo, Feydus no podrá objetar nada al registro.

— ¿Cuánto tardará en tener el mandamiento, Langle?

El sargento consultó su reloj.

—Mañana —contestó—. El juez que ha de expedirlo ha cerrado ya su despacho.

* * *

—Polly Parnell ha llamado —dijo el doctor Feydus.

— ¿Tiene alguna queja? —preguntó Ball.

—Parece que sí. Vlania Korler.

—La sobrina de la señorita Tharmane.

—Exactamente.

Ball meditó un instante.

—Polly quiere que quitemos de en medio a «su» sobrina —dijo al cabo.

—Así es, Harry —confirmó Feydus.

—Y usted quiere que yo me encargue del asunto.

—Si no tienes inconveniente... —contestó Feydus con una punta de ironía—. Experiencia no te falta.

—Gracias por los elogios, doctor —dijo Ball, impasible—. Pero, ¿me permite que le dé un consejo?

—No hay inconveniente, Ball —aceptó el psiquiatra.

Cierre el negocio. Tenemos dinero bastante, usted, sobre todo. Las cosas empiezan a ponerse calientes, doctor. Acabemos ahora que aún es tiempo.

Los dedos de Feydus tabalearon sobre la mesa. El psiquiatra estaba muy pensativo.

— ¿No le ha gustado mi consejo? —preguntó Ball, en vista del silencio del otro.

—Tendré que reflexionar —habló Feydus por fin.

—En su lugar, yo no me lo pensaría dos veces. Agarraría el portante y desaparecería de la circulación para siempre.

—Harry, aquí hay cosas que no puedo abandonar...

—Usted puede reconstruir todos los aparatos en otro lugar del globo y con otro nombre distinto —sugirió Ball.

—Te equivocas, Harry. Puedo cambiar de nombre, en efecto, pero no reconstruir los aparatos. Sólo los sé manejar y reparar alguna que otra avería de poca importancia. Pero eso es todo, Harry.

Ball frunció el ceño.

—De todas formas, doctor, sigo opinando que debemos esfumarnos —insistió—. No vayamos a romper el saco por quererlo llenar demasiado.

Feydus tuvo un arranque repentino.

—Harry, a fin de cuentas, lo que hago es por bien de la ciencia —dijo orgullosamente—. Doy una vida nueva a gentes que ya estaban desahuciadas por viejas...

—Todo eso está muy bien, doctor, y usted puede alegar que tenía el consentimiento de los interesados, es decir, de los viejos. Pero, ¿puede decir lo mismo de los jóvenes? No vinieron aquí por su voluntad, que yo sepa —ironizó Ball.

—Bueno, están vivos...

—Con otra mente, no lo olvide. Los jóvenes no son jóvenes más que físicamente; pero psíquicamente, son los viejos. Tal vez, por la transposición de mentes, no le hiciesen nada, pero es preciso tener en cuenta los secuestros.

—Todos los jóvenes declararían que no hubo tales secuestros —alegó Feydus.

Ball levantó las manos.

— ¿Y los viejos convertidos en troncos vivientes? —clamó.

—Declinación de funciones debido a senilidad —dijo Feydus, impasible.

—Tenemos abajo cuatro cuerpos de repuesto. Usted sabe en qué condiciones se encuentran...

— ¿Los encontrarán, Harry?

Ball apretó los labios.

—Ya veo que no soy capaz de convencerle —dijo.

—No, y aunque al principio casi lo conseguiste, he reflexionado y me doy cuenta de que mi posición es invulnerable. Y la tuya también, si tienes un mínimo de serenidad.

—Está bien —se resignó Ball—. Iremos derechitos a la catástrofe, se lo aseg...

El zumbador del interfono cortó de pronto las frases de Ball. Feydus tocó una tecla y se inclinó hacia adelante.

— ¿Sí?

—Doctor Feydus, el doctor Ardliss desea visitarle. Dice que es un asunto muy urgente —anunció la recepcionista—. Viene acompañado de un sargento de policía.

Ball se sobresaltó al escuchar aquellas palabras.

—Ya decía yo...

Feydus hizo un gesto con la mano para tranquilizar a su esbirro.

—Está bien, señorita; hágalos subir a mi despacho —dijo.

—Sí, doctor.

Feydus cortó la comunicación.

Harry, a ver si contienes esos nervios —dijo, mirando a Ball con expresión llena de severidad.

* * *

—Es un placer verle por aquí, querido colega —saludó Feydus, con la sonrisa en los labios—. Doctor Ardliss, permita que le presente a mi administrador, Harry Ball.

Los dos hombres cambiaron una inclinación de cabeza. Ardliss dijo a continuación:

—Gracias por haber accedido a recibirme, doctor Feydus. Yo también he de presentarles a una persona: el sargento Langle, de la policía.

— ¿Cómo están? —saludó el aludido.

— ¿Tiene algún motivo especial la presencia del sargento en este lugar, doctor Ardliss? —preguntó Feydus.

—En efecto. Sospechamos que el comisario Marne está aquí, retenido contra su voluntad, y nos hemos provisto de un mandamiento judicial para que usted acceda a permitir un registro de todas las dependencias e instalaciones de su establecimiento.

El documento cayó sobre la mesa. Feydus simuló asombro y cólera.

—Esto es una broma de pésimo gusto —dijo.

—Ojalá lo fuese —contestó Ardliss—. Tendría un enorme placer en presentarle mis excusas, pero sospecho que no ha de ser así.

—El comisario está aquí, prisionero en alguna parte —añadió Langle.

—Ustedes están calumniando al doctor —dijo Ball, que se creyó en el deber de intervenir.

—Si se considera inocente, ¿por qué no colabora en el registro? —exclamó Ardliss.

Hubo un instante de silencio. Luego, Feydus dijo:

—Tiene usted razón; la resistencia a cumplimentar la orden del juez,

no puede sino despertar sospechas. Pero como me considero inocente en absoluto, no quiero formularles más objeciones. ¿Prefieren ustedes hacer el registro solos o desean que alguien les acompañe, por ejemplo, el señor Ball?

—Eso queda ya de cuenta del sargento Langle —contestó Ardliss.

Varias horas después, Ardliss y Langle, chasqueados y decepcionados, abandonaban la clínica.

—Nada —dijo el psiquiatra furioso.

—Y, sin embargo, Marne está ahí, en alguna parte —murmuró Langle.

—La clínica ofrece un aspecto normal, con sus pacientes y sus enfermeras. Es lógico, porque las acciones criminales no se pueden realizar de un modo público y notorio. En alguna parte, sin embargo, hay una habitación donde está Barry Marne.

Langle suspiró.

—Si es así, yo me confieso incapaz de encontrarla —respondió.

Ardliss reflexionó unos momentos, mientras el coche les devolvía a la ciudad. La clínica estaba situada en pleno campo, a un par de docenas de kilómetros del casco urbano.

—Yo no pienso desistir —dijo—. De un modo u otro, encontraré a mi amigo.

— ¿Cómo piensa hacerlo, doctor?

—Saltándome a la torera las normas legales. Ya pensaré algo, Langle.

—El caso es que allí hemos visto a un montón de viejos que han perdido la memoria —dijo el sargento pensativamente.

—Sí, los tienen en la clínica porque sus familiares no quieren molestias. Pero las mentes de todos esos viejos, están en cuerpos jóvenes... y ahora veo que Vlania tenía razón cuando decía que su tía fue asesinada.

— ¿Por qué lo dice, doctor?

—Por la sencilla razón de que la mente de Frances Tharmane está en el cuerpo de Polly Parnell. Pero el cuerpo de Frances, está ya bajo seis palmos de tierra y, aunque supiéramos hacerlo, ya no podemos

invertir el proceso de transposición de mentes.

—La de Polly a su propio cerebro y viceversa.

—Sí. Frances Tharmane será ya, para siempre, Polly Parnell. Y de los otros no tenemos el menor dato ni, es lógico, Feydus no los va a facilitar.

Langle meneó la cabeza.

—Tengo entendido que la señorita Tharmane era antes una dama de todas prendas —dijo—. ¿Cómo ha podido cambiar tanto ahora?

—Muy sencillo. Frances está ahora encantada con su cuerpo de veinticinco años. En su lugar, usted también se volvería egoísta y procuraría, por todos los medios, que no se descubriese el pastel. Es algo connatural con la psicología del ser humano; el sentimiento de autodefensa, a cualquier precio, es siempre muy fuerte, sargento.

Langle asintió.

—Creo que tiene usted razón, doctor —dijo—. Entonces, ¿persiste en la idea de encontrar al comisario?

—No pararé hasta conseguirlo, Langle —aseguró Ardliss rotundamente.

* * *

El hombre se tambaleó ligeramente. Por instinto, Polly Parnell, alargó la mano y cogió su brazo.

—Buena la llevas, amigo —dijo sonriendo.

Sid Forbes miró a la rubia con ojos opacos.

—Eres muy guapa —habló con voz estropajosa—. ¿De qué revista te has escapado?

Polly se echó a reír.

—No exageres —contestó—. Vistosilla y nada más.

—Pues a mí me pareces una reina de belleza... ¿Cómo te llamas? Yo soy Sid Forbes.

—Polly Parnell —se presentó ella.

Forbes hurgó en sus bolsillos, sacó un billete de diez dólares y lo lanzó sobre el mostrador.

—Vamos a mi casa, guapa —propuso—. Vivo a cuatro pasos..., aunque me parece que, como siga así, los tendré que dar a gatas. ¡Ji, ji! —rió estúpidamente.

A Polly le gustaba aquel joven. Dentro de su cuerpo estallante de vitalidad, la mente de Frances Tharmane no desdeñaba la ocasión de correr aventuras.

«Un poco bebido está, pero yo lo espabilaré», se propuso mentalmente.

Minutos más tarde, Forbes ensayaba a meter la llave en la cerradura. Polly, entre risas y bromas, le ayudó a abrir.

—Oye, vaya un piso bien montado —dijo, una vez hubo cruzado el umbral.

—Psé, no está mal... Pero ya no podré disfrutar mucho de estos lujos —contestó Forbes, mientras se dirigía con paso inseguro hacia una gran barra, abundantemente provista de botellas—. ¿Qué quieres beber, guapa?

—Algo con dos cubitos de hielo, Sid —contestó Polly—. Sid, ¿es que piensas marcharte?

— ¿Adónde? —preguntó Forbes torpemente.

—Bueno, como antes dijiste que ya no ibas a disfrutar mucho tiempo de todo esto...

—Ah, es verdad, casi lo había olvidado. Me marcho, pero al otro barrio, nena.

Polly miró asombrada al joven. «Qué disparates hace decir el alcohol», pensó.

—No estarás hablando en serio —dijo, mientras aceptaba la copa que le tendía su anfitrión.

—Preciosa, así es aunque no te lo creas —contestó Forbes, sentándose

pesadamente en el diván, junto a ella—. No me quedan ya ni cuatro meses de vida.

Forbes parecía hablar en serio. La sorpresa de Polly iba en aumento.

—Ya ves —dijo él—. Yo creía que iba a vivir setenta u ochenta años más y, de repente, ¡paf!, me encuentro con la noticia de que no me quedan ni cuatro meses de vida.

—Pero, ¿cómo puede ser eso, Sid? —exclamó la rubia.

—Tengo la aorta podrida. Y yo que pagué dos millones de dólares por este cuerpo que parece estallante de salud y vitalidad. Tiene gracia, ¿eh?

Aquellas palabras despertaron una súbita atención en Polly.

— ¿Cómo has dicho, Sid?

—Ya lo has oído, nena. Yo era hace algunos meses un viejo cascado y achacoso, y fui a un tipo para que me diese un cuerpo nuevo y joven... y lo hizo, pero, sí, sí, a ese matasanos no se le ocurrió hacer antes un reconocimiento médico a fondo. De lo contrario, se habría encontrado con los indicios de la enfermedad y podría haberla atajado. Ahora, el mal es ya irremediable.

Polly se puso a pensar.

La casualidad había puesto en su camino a Sid Forbes. El joven hablaba sinceramente.

«In vino véritas», pensó, recordando el viejo aforismo latino.

—De modo que ese médico te engañó —dijo.

—Me engañó, me timó y se burló de mí —contestó Forbes—. Una mala faena, ¿comprendes?

Polly contempló unos instantes el contenido de su copa.

— ¿Sabes lo que te digo, Sid? —habló al cabo—. En tu lugar, si a mí me hubiera pasado una cosa semejante, iría a ver a ese condenado matasanos y le pegaría cuatro tiros.

CAPÍTULO XI

A Ball no le gustaba demasiado lo que iba a hacer, y estaba sorprendido de sí mismo, por la extraña fidelidad que demostraba a Feydus.

—Pero es la última vez que lo hago —se dijo—. En cuanto la lleve a la clínica, hago las maletas y me largo.

Avanzó cuidadosamente hacia el dormitorio de Vlania. La muchacha dormía con toda tranquilidad.

Ball se movía en la oscuridad. Por eso no pudo evitar el tropiezo con una silla, que cayó con cierto estrépito.

Vlania despertó en el acto y se sentó en la cama.

— ¿Quién anda ahí? —exclamó, sobresaltada.

Nadie le contestó, pero vio una sombra parada a pocos pasos del lecho.

La joven se dispuso a gritar, pidiendo socorro, pero no tuvo tiempo. El intruso saltó sobre ella y enfocó a su cara un objeto, del que brotó en el acto un chorro de vapor.

Vlania sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Otro chorro de gas narcótico acabó con su ya escasa resistencia.

Momentos más tarde, Ball salía con la joven en brazos. Llegó a su coche, la depositó en el asiento delantero, se situó tras el volante y arrancó de inmediato.

El tránsito era casi nulo a hora tan avanzada de la madrugada, cerca del amanecer. Rodando a ciento cincuenta por hora, Ball recorrió en pocos minutos la distancia que le separaba de la clínica.

A doscientos metros de su objetivo, divisó un coche parado en el borde del camino. Sin darle importancia al hecho, ya que pensó que se trataba, sin duda, de un vehículo con avería, llegó a su destino y paró el coche.

La clínica estaba instalada en el centro de un espacioso parque, enmarcado por una alta tapia. La puerta se abría automáticamente, cuando los faros del coche emitían una señal preestablecida.

Ball avanzó veinte metros por el sendero central, deteniéndose en un punto determinado. Presionó un botón en el tablero de mandos, y en el suelo del vehículo, por la parte exterior, brilló una lámpara.

Ball repitió la señal varias veces, según un ritmo convenido. Al terminar, aquel trozo de sendero se hundió en la tierra.

El descenso duró algunos segundos. La plataforma descendió unos veinte metros, y al detenerse, Ball hizo avanzar el coche, sacándolo de la plataforma, que se elevó de nuevo automáticamente, de modo que el camino central vino a tomar su aspecto ordinario.

Ball se encontraba ahora en un espacioso túnel, de paredes de cemento, brillantemente iluminado, al fondo del cual se divisaba una ancha plazoleta, de techo cupular y contorno en círculo. El diámetro de la plazoleta era de unos veinte metros y la altura máxima alcanzaba casi los diez.

Descendió del coche y tomó en brazos a la inconsciente Vlania. Avanzó con ella y la depositó sobre una mesa.

Luego se acercó a una especie de nicho en la pared, en donde había un videófono.

Marcó un número. El rostro de Feydus apareció a poco en la pantalla.

—Objetivo conseguido, doctor —dijo Ball.

Feydus sonrió.

—Muy bien —contestó—. Voy a vestirme. Bajaré en seguida, Harry.

—Aquí le espero, doctor.

* * *

Ardliss había saltado ya la tapia y llegado poco después, deteniéndose al pie del edificio donde estaban la dirección y administración de la clínica. Sabía que no era legal lo que estaba haciendo, pero consideraba que, en aquel caso al menos, el fin justificaba los medios que estaba poniendo en práctica.

La ventana del despacho de Feydus estaba en el primer piso. No lejos

de aquel lugar había un pequeño pabellón, en donde se guardaban los útiles de jardinería. Allí encontró Ardliss una escalera de mano.

Ya se había fijado en el pabellón durante el día. Ahora aprovechaba aquella pequeña exploración y la escalera le sirvió para llegar sin dificultad al primer piso.

Tuvo que romper un cristal, pero el ruido no fue excesivo. Entró en el despacho y encendió una lámpara portátil que había llevado consigo.

En el despacho no había más que documentos profesionales. Ardliss sabía ya que Feydus ejercitaba su profesión, en lo aparente, de un modo absolutamente irreprochable. La clínica Barlattery, pues continuaba con el nombre de su fundador, tenía una fama harto merecida.

Pero él buscaba algo más, y no lo encontró en el despacho. Pasó a otras habitaciones, una antesala, una sala de reconocimiento, un archivo... y seguía sin obtener un resultado práctico.

Otra de las habitaciones era el propio dormitorio de Feydus, una estancia decorada con lujo y audacia ornamental. La cama, observó Ardliss, estaba revuelta.

El dormitorio era muy amplio. Ardliss se acercó a la cama y observó que el ocupante la había abandonado muy recientemente.

—Tal vez diez minutos antes —calculó.

Pero Feydus no había salido del edificio.

Por tanto, era lógico suponer que se hallaba aún en su interior.

De súbito, se le ocurrió una idea.

El tratamiento de transposición de mentes debía de exigir amplias estancias, situadas en lugar seguro, fuera de miradas indiscretas. Y durante el registro practicado en unión del sargento Langle no había visto nada.

—Un subterráneo, eso es —exclamó, maravillado de que la idea no se les hubiese ocurrido antes.

Puesto que Feydus no había salido de su dormitorio...

Tanteó las paredes poco a poco, con golpes bien meditados. De pronto, al llegar al gran armario ropero, observó que sonaba a hueco.

Repitió los golpes. Buscó por todas partes, y, al fin, encontró una tecla hábilmente disimulada en una de las paredes laterales del armario.

Presionó a fondo. El armario giró noventa grados, sobre un eje situado en el extremo opuesto, y un negro hueco apareció a la vista del psiquiatra.

Era el hueco correspondiente a un ascensor, que se hallaba en aquellos instantes a veinte metros de profundidad. No había luz abajo, lo que le indicó que el aparato era de caja cerrada.

El botón de mando estaba junto al marco. Instantes después, el ascensor estaba junto a él.

Ardliss bajó en el aparato y abrió la puerta. Ninguno de los dos hombres que estaban en aquel instante junto a una mesa, inclinados sobre la mujer que yacía sobre ella, se dieron cuenta de su presencia.

La mirada de Ardliss recorrió con asombro el interior de la vasta estancia circular en cuya entrada se hallaba.

* * *

Había varios sarcófagos de cristal, adosados a la pared circular, cuatro de los cuales se hallaban ocupados. Ardliss vio a tres hombres y a una mujer, dormidos aparentemente.

Uno de los hombres era su amigo Barry Marne.

Como los otros dos, el comisario tenía puesto sobre el cráneo un gran casco, de extraña factura, del que partían unos cables que desaparecían en el fondo del sarcófago. Sobre éste divisó unos depósitos cilíndricos, transparentes, llenos casi totalmente de líquido. El color del líquido era amarillento en uno de los depósitos y rosado en otro.

Unos tubos de goma iban a parar a los brazos y piernas de Marne. Ardliss supuso que se trataba de líquidos alimenticios, que mantenían con vida a su amigo, mientras duraba su período de suspensión animada.

Al otro lado, no lejos de los sarcófagos, Ardliss divisó una consola de

mando, con innumerables mandos y lámparas de control. A la derecha había un enorme armario, en el que en aquellos instantes giraba lentamente una gran cinta magnetofónica.

Ardliss empezó a comprender el sistema de transposición de mentes. Pero antes de que pudiera hacer nada, oyó la voz de Feydus:

—Está bien, Harry —dijo—. Hay que prepararlo todo para que esta linda chica se duerma.

—Y en cuanto esté lista, yo me largo, doctor. No quiero que me pesquen...

Ball se interrumpió.

Acababa de divisar al intruso en la puerta del ascensor.

— ¿Con las manos en la masa? —dijo Ardliss irónicamente.

Feydus se revolvió, terriblemente sobresaltado.

— ¡Ardliss! —gritó.

—Yo mismo —confirmó el psiquiatra, sin dejar de sonreír—. Veo que mis sospechas son ciertas. Ahora, además del comisario, está aquí la señorita Korler.

— ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —rugió Feydus.

— ¡Qué pregunta más tonta, doctor! —masculló Ball— Por el ascensor, naturalmente.

* * *

Vlania se movió ligeramente. Ardliss lo vio y dio un paso, pero Ball sacó una pistola y le encañonó.

—No se mueva —dijo.

— ¿Qué piensan hacer con ella? —preguntó Ardliss.

—Eso es cosa del doctor Feydus. Yo me largo de aquí —respondió Ball.

—Aguarda, Harry. Al menos, déjame que despache a estos dos —pidió Feydus.

Ball miró torvamente a Ardliss.

—Ahora ya sabe lo que le va a pasar —dijo.

—Me lo figuro, aunque me gustaría conocerlo con todo detalle —declaró Ardliss tranquilamente.

— ¿Se lo explico, Harry? —consultó Feydus.

Ball se encogió de hombros.

—Si ése es su gusto... Por cierto, resultará interesante saber que el cuerpo de un reputado psiquiatra es sólo la envolvente material de la mente de un anciano —dijo irónicamente.

— ¿Ya ha elegido una nueva mente para mí, Feydus? —preguntó el joven.

—Todavía no, pero no faltarán candidatos. ¿Cuántos años tiene usted, Ardliss?

—Treinta y dos, colega.

—Y una figura estupenda —dijo Ball aprobatoriamente—. Doctor, si no saca tres millones de Ardliss, cometerá una tontería.

—Me halaga saber que me consideran tan valioso —dijo Ardliss—. Pero, Feydus, ¿por qué no inicia las explicaciones?

—El procedimiento no es mío, aunque yo colaboré mucho en los trabajos —declaró Feydus—. Barlattery inició las experiencias con objeto de curar determinados enfermos mentales, pero bien pronto se encontró con una serie de resultados tan insospechados como fascinantes.

—Y se le ocurrió la idea de la transposición de mentes.

—Sí, el cambio de mente de un cuerpo viejo y enfermo a otro sano y joven.

—El cambio, ¿es total?

—Absolutamente.

— ¿No quedarán residuos en el cerebro del cuerpo joven, al cual se traspone la mente del cuerpo viejo?

—Nada. Cuando se inicia el verdadero proceso de transposición, el cerebro receptor está totalmente en blanco, como si fuese el de un niño a punto de nacer —contestó Feydus.

—Lo cual significa que primero se hace una especie de lavado.

—En realidad, se borra la mente del cuerpo joven, de una manera total y absoluta. El cerebro queda así listo para recibir la mente del cuerpo viejo, previamente borrada también, como puede comprender.

—Sí, voy entendiendo —admitió Ardliss—. Por ejemplo, en el caso de Polly Parnell.

—Lo sabe todo —gruñó Ball.

—Primero borré la mente de Polly —explicó Feydus—. Naturalmente, no es un proceso que se haga en veinticuatro horas. Necesita, en el mejor de los casos, dos meses. Pero al mismo tiempo, borraba la mente de Frances Tharmane, de su cerebro, de modo que cuando las dos operaciones quedaron terminadas, sólo se precisó realizar la transposición.

— ¿Y cuál es el procedimiento, doctor?

—En pocas palabras, superhipnosis o hipnosis profunda. El procedimiento, repito, es de Barlattery. La mente de Frances, todos sus recuerdos y vivencias, desde sus primeros años hasta el momento de someterse a tratamiento, incluso con los recuerdos y datos grabados en su subconsciente, pasó a una cinta especial, y su cerebro quedó en blanco, salvo para las cosas más perentorias de la vida estrictamente animal.

—Comer, dormir, andar y demás —dijo Ardliss.

—Exactamente. Esa cinta magnetofónica se archiva o se reproduce en el acto, si el cuerpo joven está ya listo para la recepción. Entonces se inicia la reproducción de lo grabado y se traspone al cerebro, previamente en blanco, del receptor.

—Naturalmente, siempre el cerebro de un cuerpo joven y bien proporcionado físicamente, tanto de varón como de hembra.

—Exacto. Repito que el procedimiento sería muy largo de explicar, si

se quisiera detallar científicamente, pero, en síntesis, es así. Y el cerebro joven funciona, en lo sucesivo, con la mente de la persona vieja que desea vivir una nueva y duradera existencia.

—Supongamos una cosa, doctor. Supongamos que la persona joven, a quien se le ha borrado la mente, no... no encuentra su pareja anciana. ¿Se le podría grabar de nuevo lo que estaba destinado a un viejo? Es decir, volverle a la normalidad.

—Por supuesto. Bastaría invertir el proceso..., pero no lo hacemos nunca. Una vez concluida la operación, se destruye la cinta en que se ha grabado, para dejar su cerebro en blanco, la mente joven. Sólo se conserva la grabación de la mente vieja, la cual, una vez en su nuevo cerebro, es destruida asimismo.

— ¿Puedo preguntarle si ha dejado ya en blanco el cerebro de mi amigo el policía?

—Oh, no —sonrió Feydus—. Todavía faltan unas cuantas semanas. Es un cerebro con muchos recuerdos y experiencias. El cerebro de un avezado policía, claro.

—Y con Vlania y conmigo piensan hacer algo parecido —dijo Ardliss.

—Sí. Lo siento, pero no tengo otro remedio.

— ¿Cree que me dejaré someter al tratamiento?

Feydus se volvió.

— ¿Harry?

—Sí, doctor.

Ball se volvió un instante.

—Necesito un proyector de gas narcótico —murmuró.

Aprovechando la distracción de Ball, Ardliss cargó hacia adelante.

Feydus chilló. Ball empezó a volverse, pero en el mismo instante, la cabeza de Ardliss le golpeó en un pómulo, derribándole por tierra.

Ball perdió la pistola. Ardliss, más rápido, se apoderó del arma y apuntó con ella al caído.

—Levántese, Ball —ordenó.

El administrador obedeció torpemente. Ardliss se apartó a un lado.

—Y en cuanto a usted, doctor Feydus...

Se interrumpió de repente. Feydus había desaparecido.

CAPÍTULO XII

El doctor Stiles se levantó aquella mañana más temprano que de costumbre. Tenía que actuar como ayudante en una intervención quirúrgica y debía estar en la sala de operaciones a las ocho en punto de la mañana.

Stiles fue a su despacho para releer' las notas relativas a la operación. Entonces recordó que aún tenía algunas cartas sin abrir, del correo de la víspera.

Consultó su reloj y vio que le sobraba tiempo. Empezó a leer las cartas y, de pronto, al conocer el contenido de una de ellas, sintió que se le erizaban los cabellos.

— ¡Qué error, qué error tan descomunal! —exclamó, sin poder contenerse.

Inmediatamente se precipitó hacia el videófono y marcó un número. En vista de que la persona a quien llamaba no le contestaba, volvió a repetir la llamada.

Pero Sid Forbes no estaba en su casa. Había salido muy temprano.

Forbes se dirigía con las primeras luces del alba a la clínica Barlattery. Precisamente en aquellos momentos Feydus salía del ascensor secreto que daba a su dormitorio.

Feydus buscó un destornillador y bloqueó el mecanismo del aparato. De este modo, no podrían utilizarlo para perseguirle.

Luego cerró el armario. Aunque Ardliss consiguiese vencer a Ball, tardaría bastante tiempo en encontrar la otra salida.

Tranquilamente, se dirigió a su despacho. Siempre tenía allí una

buena suma de dinero. En cuanto al que guardaba en diversos Bancos, ya lo iría reclamando desde distintos puntos. Estaba depositado bajo diferentes nombres y conseguir las transferencias no representaría ninguna dificultad.

El dinero estaba en una caja fuerte empotrada en la pared y oculta por el clásico procedimiento del cuadro colgado sobre la misma. Feydus apartó el cuadro a un lado y empezó a manipular en las ruedecillas de la combinación de cierre.

De pronto, oyó un carraspeo a su espalda.

— ¡Ejem, ejem!

Terriblemente sobresaltado, Feydus giró en redondo. Su asombro fue enorme al reconocer a su visitante.

— ¡Señor Forbes! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí, a estas horas?

El visitante sonrió.

—Tenía ganas de verle de nuevo, doctor —manifestóˆ—. ¿Recuerda que cuando yo era Clymont le pedí un cuerpo nuevo, joven y con salud a prueba de bomba?

—Siempre lo he hecho así, con todos mis clientes —respondió Feydus.

—Menos conmigo. El cuerpo de Forbes tenía latente una enfermedad incurable: corrosión aórtica.

Los ojos de Feydus se desorbitaron. — ¡Imposible! —gritó.

—A este respecto, le diré que el doctor Stiles es uno de los mejores especialistas sobre la materia. ¿Se siente capaz usted de rechazar el diagnóstico emitido acerca de mi dolencia?

—Pero yo no...

—Doctor, ambos hicimos un trato. Usted me pidió cierta suma y yo la aboné sin rechistar. Pero usted ha incumplido su parte del trato.

—Forbes, buscaré un nuevo cuerpo...

—Ahora ya es tarde. No viviré tanto tiempo como para una nueva transposición de mente. ¡Pero usted no volverá a estafar a nadie!

Un revólver apareció en la mano de Forbes. El psiquiatra lanzó un

chillido de espanto.

El revólver, aunque fabricado el siglo pasado, funcionó satisfactoriamente. Fríamente, a cuatro pasos de distancia, Forbes metió los seis proyectiles en el cuerpo de Harthon Feydus.

Un hombre entró en el despacho cuando todavía no se habían apagado los ecos de los estampidos. El sargento Langle vio el cuadro y, sin pérdida de tiempo, encañonó con su arma al asesino.

— ¡No se mueva! —dijo. Enseñó su placa y añadió—: Soy el sargento Langle.

Forbes sonrió extrañamente.

—No tengo la menor intención de resistirme, sargento —contestó.

* * *

Abatido, sintiéndose derrotado por completo, Harry Ball manejó el mando de la plataforma de salida al parque.

Vlania estaba ya despierta, aunque todavía no había recobrado por completo su lucidez. Ardliss, con la pistola apoyada en el costado de Ball, vigilaba todos los menores movimientos de su prisionero.

Cuando salieron al exterior, vieron un gran movimiento de gente en las inmediaciones del edificio de dirección.

Langle corrió hacia el trío.

—Doctor Ardliss —gritó—. Feydus ha sido asesinado.

El psiquiatra se sorprendió de la noticia. — ¿Quién ha sido? —preguntó.

—Un tal Forbes. Dice que fue engañado, que le dieron un cuerpo deteriorado.

Dos policías custodiaban al asesino, cuyas manos aparecían esposadas. Forbes aparecía tranquilo y sonriente.

—No viviré lo suficiente para ir a la cámara de desintegración —

manifestó.

Ardliss empujó a Ball.

—Aquí le entrego otro prisionero, sargento —indicó—. El nos dirá muchas cosas que todavía ignoramos.

—Por ejemplo, el paradero del comisario —sugirió Langle.

—Marne está bien y pronto se recuperará hasta volver a la normalidad —aseguró Ardliss, con suficiencia.

Un automóvil se paró en aquel momento, con gran chirrido de frenos. Su ocupante saltó al suelo precipitadamente.

—He conseguido averiguar que el señor Forbes está aquí —dijo Stiles —. Se ha producido un tremendo error en el diagnóstico.

— ¿Cómo? —chilló el prisionero.

—Sí, la secretaria de mi analista se equivocó y envió el diagnóstico correspondiente a otra persona. Usted está completamente sano, señor Forbes; aquellas palpitaciones cardíacas que sentía no eran sino producto de un exceso de alcohol.

Forbes se puso lívido.

—Entonces, puedo vivir muchos años —gritó.

Stiles calló. Sentíase profundamente avergonzado.

Ardliss y Langle estaban aturdidos. De pronto, Forbes empezó a reír estrepitosamente.

— ¡Yo no soy Forbes! ¡Soy Bill Clymont! —gritaba.

Langle torció el gesto.

—Otro como Moore —rezongó—. Vamos, muchachos, llévenselo — ordenó.

Fue necesaria la intervención de cuatro fornidos agentes para reducir a Forbes. Ardliss escuchó las acongojadas explicaciones de Stiles y comprendió el motivo de la locura de Forbes.

Stiles se marchó. Ardliss se volvió hacia Langle.

—Cuide de que no toquen nada y vigile muy bien a Ball —aconsejó—. Creo que habrá alguna indulgencia para él, si nos ayuda a devolver a la normalidad a los jóvenes que hay abajo.

— ¿Y los viejos que esperaban su turno? —preguntó Langle.

—No habrá segunda juventud para ellos —respondió

Ardliss—. Cada uno debe resignarse a vivir su propia vida, sin robársela a otro..., sin comprársela, por mucho dinero que se tenga.

—Váyase tranquilo, doctor —dijo Langle.

—Acompañaré a la señorita Korler a su casa. Después..., creo que haré una visita a una tal Polly Parnell. También tiene muchas cosas que contarnos.

* * *

El hombre se levantó y contempló a la joven que dormía apaciblemente en la cama.

—Lo siento por ti, preciosa, pero no voy a consentir que me denuncies luego a la policía —murmuró.

Ya tenía una afilada navaja en la mano. Apoyó la punta en el centro del desnudo pecho de Polly y empujó a fondo.

El cuerpo de la joven sufrió una terrible convulsión. Ella abrió los ojos un instante, pero casi en seguida perdió la noción de las cosas. Sus pupilas se quedaron sin brillo en muy pocos segundos.

Calmosamente, sin prisas, el asesino se dedicó a saquear el departamento. Había muchas y muy valiosas joyas, además de una fuerte suma de dinero. Iba a ser un golpe fructífero, pensó, mientras llenaba el saquete que había traído a prevención consigo.

* * *

—Polly tenía que acabar como acabó —dijo Ardliss—. Aunque no sé si decir Polly o Frances.

—Lo mismo da —murmuró Vlania, apagadamente.

—Quiso gozar demasiado intensamente de su nueva vida. Pero fue poco prudente, precisamente porque carecía de cierta experiencia en determinados asuntos. De otro modo, no hubiese consentido en recibir a aquel amante ocasional, que la asesinó y luego desvalijó su piso, llevándose cuanto había de valor.

—Comprendo —dijo la muchacha.

—No tardarán en encontrar al asesino —aseguró el psiquiatra—. En cuanto a lo de Forbes, su caso sería cómico, si no hubiese una muerte de por medio.

— ¿Lo condenarán?

—Cuando disparó contra Feydus, se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales. Es ahora cuando se halla trastornado, sabiendo que podía vivir muchos años. Tanto si le ejecutan como si lo condenan a cadena perpetua, la transposición de mente no le habrá servido para nada.

— ¿Y los otros? Me refiero a los supervivientes, los que llevan una existencia normal —quiso saber Vlania.

—Son casos muy difíciles de juzgar. Los tribunales tendrán que establecer una nueva jurisprudencia. Hay, desde luego, secuestro de personas, pero ahora esas personas están libres, y aunque posean la mente de otras, no se puede decir tampoco que no sean lo que siempre fueron. Un caso difícil, Vlania.

— ¿Y los cuerpos viejos?

—Seguirán así hasta que mueran. No olvidemos que la grabación de la mente joven fue destruida. Quizá yo pueda regenerar un tanto las mentes de los viejos, pero apenas conseguiré mejorarlos, para que puedan manejarse un poco por sí mismos. Respecto a los jóvenes... bien, repito que son los tribunales los que habrán de enfrentarse con la solución del caso.

— ¿Cómo está Marne?

—Bien, se recobrará pronto —sonrió Ardliss.

—Me pregunto cómo se le ocurriría a Feydus montar este infernal tinglado de... ¿Cómo llamarlo, Chuck? ¿Transposición o trasplante?

—El nombre es lo de menos —dijo él—. Feydus se dio cuenta de las enormes posibilidades que le ofrecía el descubrimiento de Barlattery y quiso aprovecharse de ello. Para conseguirlo, manipuló en la grabación correspondiente a Betty Key, en cuya mente infiltró primero la idea del asesinato de Barlattery y luego la de su suicidio.

—Y así tuvo el campo despejado.

—Exactamente. En cuanto a tus sospechas..., tenías razón. El cuerpo de Frances, no su mente, pereció físicamente a manos de Ball. Temieron que a pesar de toda su seguridad, yo consiguiese que recobrase la memoria.

Vlania lanzó un profundo suspiro.

—Así, pues, el caso del trasplantador de mentes se da por terminado —dijo.

—En lo que se refiere a nosotros, sí; aunque yo seguiré trabajando con los aparatos de Barlattery. Pueden resultar muy útiles para la curación de determinadas enfermedades psíquicas, de la amnesia.

—Pero nunca los emplearás para el mal —exclamó Vlania, con vehemencia.

Ardliss sonrió.

—Puedes estar segura de ello —contestó—. Nunca haré una transposición de mente, aunque ahora me gustaría que la mía estuviese unos instantes dentro de tu cerebro.

— ¿Por qué dices eso? —se sorprendió la muchacha.

—Es que así conocería tu respuesta cuando te pregunte si quieres casarte conmigo.

Vlania sonrió.

—Eso es muy sencillo —dijo—. Haz la pregunta y...

— ¿Y...?

—Diré que sí, naturalmente —contestó la muchacha.

Sumamente contenta, se dejó abrazar por el doctor Ardliss.

FIN